



**Crisis económica y Euroescepticismo  
(2007-2014)  
Propuestas para afrontar  
la crisis democrática europea**

**Albert Aixalà i Blanch**

**Albert Aixalà i Blanch**

Licenciado en Ciencias Políticas por la UAB, es doctorando en integración europea, y ha sido colaborador del Instituto Universitario de Estudios Europeos de la UAB. En el ámbito profesional ha trabajado como analista en relaciones internacionales en la Fundación CIDOB y ha sido director de la Fundación Rafael Campalans entre 2005 y 2013.

Ninguna parte ni la totalidad de este documento puede ser reproducida, grabada o transmitida en forma alguna ni por cualquier procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, reprográfico, magnético o cualquier otro, sin autorización previa y por escrito de la Fundación Alternativas.

© Fundación Alternativas

© Albert Aixalà i Blanch

ISBN 978-84-15860-32-7

Depósito Legal: M-26539-2014

# Índice

<b>Introducción</b>	<b>4</b>
<b>1. Euroescepticismo y déficit democrático en la Unión Europea</b>	<b>6</b>
1.1 <i>Euroescepticismo y escepticismo político</i>	6
1.2 <i>El debate sobre el déficit democrático de la Unión Europea</i>	7
1.3 <i>La opinión pública en relación con la Unión Europea.</i>	9
<b>2. La evolución de la opinión pública europea desde el estallido de la crisis.</b>	<b>13</b>
2.1 <i>La evolución de la opinión pública europea (2007-2013)</i>	13
2.2 <i>La opinión pública en relación a la UE en Alemania, Francia, Italia y España</i>	18
2.3 <i>La confianza en las instituciones europeas</i>	24
2.4 <i>La desconfianza hacia la UE: contexto europeo y causas nacionales</i>	27
2.5 <i>La opinión pública europea según las encuestas del Pew Research Center y el Institut Français d'Opinion Publique (IFOP)</i>	29
<b>3. Crisis económica y crisis democrática.</b>	<b>36</b>
3.1 <i>Democracia europea y soberanía nacional</i>	36
3.2 <i>El trilema de Rodrik aplicado a la Unión Europea</i>	38
3.3 <i>Espacio público europeo y europeización de los espacios públicos nacionales durante la Eurocrisis</i>	39
3.4 <i>Crisis, europeización negativa, y movilización del voto</i>	41
<b>4. Las elecciones europeas de 2014 como barómetro del creciente euroescepticismo y la emergencia de una crisis democrática a nivel europeo</b>	<b>44</b>
4.1 <i>Los partidos políticos europeos y la politización del debate europeo</i>	44
4.2 <i>Participación, euroescepticismo y europeización negativa del voto</i>	45
4.3 <i>El reto de la politización y democratización de la UE</i>	48
<b>Conclusiones</b>	<b>50</b>
<b>Bibliografía</b>	<b>52</b>

## Introducción

El debate sobre el creciente euroescepticismo de la opinión pública en relación a la Unión Europea y del "déficit democrático" de sus instituciones, que provoca un alejamiento progresivo de los ciudadanos europeos del proyecto político de la Unión Europea, es recurrente desde los referéndums de ratificación del Tratado de Maastricht del año 1992, que visualizaron por primera vez la oposición de una parte significativa de la opinión pública europea al proceso de construcción europea.

Desde entonces, la progresiva caída de la participación electoral en las elecciones europeas -que se ha situado por debajo del 50% desde 1999, llegando a un mínimo histórico del 43% en los años 2009 y 2014- y el fracaso de distintos referéndums para ratificar las sucesivas reformas de los Tratados -que llegaron a su zenit con el NO a la Constitución Europea de los ciudadanos franceses y holandeses en los referendos de mayo y junio de 2005- han evidenciado el euroescepticismo de una parte importante de los ciudadanos europeos.

Partiendo de esta constatación, el objetivo de este estudio es analizar en qué medida este fenómeno se ha agravado desde el estallido de la actual crisis económica y financiera del año 2007 y la crisis de la deuda soberana que se manifiesta a partir de 2009. Una crisis de la deuda que ha llevado a distintos Estados al límite del impago, teniendo que solicitar importantes ayudas financieras de otros Estados de la Unión a cambio de importantes reformas estructurales en su política económica y social, que se han realizado sin el apoyo ciudadano. Como consecuencia de este proceso, se ha vivido una progresiva -e inesperada- comunitarización de la política económica europea, a través de nuevos instrumentos de coordinación y supervisión que han supuesto la mayor cesión de soberanía de los Estados en materia económica desde de la creación de la Unión Económica y Monetaria (UEM) en 1999, pero con costes políticos muy superiores.

La progresiva comunitarización de la política económica, la emergencia del debate sobre la necesidad de los rescates financieros, y las consecuencias sociales de las drásticas decisiones de política económica decididas por los gobiernos nacionales a nivel europeo y supervisadas por la Comisión Europea, han conllevado un descenso general de la confianza de los europeos en las instituciones de la Unión y en su capacidad para resolver positivamente la grave situación de crisis en la que nos encontramos, derivando ya la crisis económica y financiera en crisis política y de legitimidad.

Con el objetivo de analizar los contornos exactos de este creciente euroescepticismo de la opinión pública europea, este estudio pretende observar su evolución a través de la serie de Eurobarómetros publicados por la Comisión Europea, tomando como referencia las encuestas del *Standard Eurobarometer* realizadas desde mayo de 2007 hasta noviembre de 2013 (números 67 a 80) y profundizando en la evolución de la opinión pública de los cuatro grandes países de la Eurozona: Alemania, Francia, Italia y España.

La elección del período y de los países nos permitirá conocer cuál era el estado de la opinión pública antes del estallido de la crisis de las hipotecas sub-prime del verano de 2007 y de la bancarrota de Lehman Brothers de septiembre de 2008 y ver su evolución a lo largo de estos seis años de crisis, prestando una atención especial al estallido de la crisis de la deuda soberana en Grecia, Portugal e Irlanda primero, y en España e Italia después, permitiéndonos analizar el distinto impacto que tuvo en la opinión pública de los cuatro países analizados. Como contraste, comparemos la evolución de la opinión pública en estos cuatro países con la evolución de la opinión en dos países que no pertenecen a la zona Euro: Polonia y el Reino Unido.

En un primer capítulo haremos un repaso a la literatura académica que ha analizado el euroescepticismo, el "déficit democrático" de la Unión Europea y la progresiva desconexión entre los ciudadanos y la toma de decisiones a nivel europeo, así como la evolución de la opinión pública en relación de la UE antes del estallido de la crisis actual.

En el segundo capítulo analizaremos la evolución de la opinión pública europea reflejada en los Eurobarómetros de 2007 a 2013 para definir las características generales de esta evolución a partir de algunas preguntas clave de la encuesta: la imagen que tienen los ciudadanos de la Unión Europea; la opinión sobre la bondad o los beneficios de la pertenencia a la Unión; y el grado de confianza en las instituciones europeas más importantes (Comisión, Parlamento, Consejo y Banco Central) entre otras. Y, en concreto, analizaremos específicamente la evolución en la respuesta a estas preguntas en los casos de Alemania, Francia, Italia y España, valorando las similitudes o diferencias entre ellos y, muy especialmente, la distinta evolución registrada durante los últimos seis años.

En el capítulo tercero intentaremos extraer las conclusiones de este análisis comparativo para concluir si la crisis económica y política actual ha conllevado un cambio de fondo en la opinión y las percepciones de los ciudadanos europeos de los principales países sobre la Unión Europea y sus instituciones, y en qué medida podemos decir que la Eurocrisis ha generado una cierta "europeización negativa" de las opiniones públicas que podría terminar derivando en crisis democrática, enfrentándonos al "trilema de Rodrik" a escala europea.

Finalmente, en el último capítulo valoraremos en qué medida la "europeización negativa" y el naciente espacio público europeo han tenido un impacto en las elecciones europeas de mayo de 2014. Basándonos en el porcentaje de participación por países y los resultados electorales en cada uno de ellos -y muy especialmente en los 6 principales países de la Unión- intentaremos validar las hipótesis planteadas en los capítulos anteriores para valorar qué impacto ha tenido en el resultado electoral el crecimiento del euroescepticismo que se ha producido en los últimos 7 años.

# 1. 1. Euroscepticismo y déficit democrático en la Unión Europea

## 2.

### 1.1 Euroscepticismo y escepticismo político

El euroscepticismo como conjunto de actitudes políticas contrarias o escépticas en relación con el proceso de construcción europea se puede diferenciar entre el "*hard euroscepticism*", que se muestra contrario a la existencia de la UE y defiende que su Estado-nación deje de pertenecer a ella, y el "*soft euroscepticism*", que no muestra una oposición de principio a la existencia de la UE pero se muestra contrario al incremento de competencias de la Unión Europea o a determinados aspectos del proceso de integración por considerar que atentan contra los intereses nacionales (Szczerbiak y Taggart, 2008).

Ambos están interrelacionados y a menudo no se distinguen, pero conviene no confundirlos para analizar con detalle la evolución del euroscepticismo en la opinión pública europea y en cada una de las opiniones públicas nacionales. Como apunta Katz (2008) hay que diferenciar entre aquellos que se oponen al proyecto europeo y aquellos que se muestran "escépticos" en relación a los "avances" de la integración europea, o al ritmo de dicha integración. Katz identifica distintas áreas de oposición de los "*soft eurosceptics*": el desarrollo de instituciones supranacionales que limiten la soberanía nacional; la expansión de la UE para incorporar nuevos miembros; el incremento de las responsabilidades y competencias de la UE; cambios institucionales que afecten al equilibrio de poder entre la UE y los estados miembros; y políticas específicas como la Unión Económica y Monetaria.

Desde una perspectiva europeísta es común identificar la oposición al proceso de integración europea en cualquiera de estas áreas como una posición anti europea, pero para observar empíricamente la opinión pública es importante no perder de vista que hay que analizar los posicionamientos euroescépticos en términos relativos. Por ejemplo, ¿podríamos considerar euroescéptico un planteamiento que rechazara cualquier nueva ampliación de la UE y que a su vez defendiera una fuerte integración política y económica entre los estados miembros actuales? Por otro lado, y en relación con la opinión pública, no siempre se produce una correlación positiva entre el nivel de euroscepticismo de los ciudadanos y su expresión política, debido a las características de los sistemas políticos y electorales nacionales, que pueden impedir la consolidación en el mapa política de fuerzas políticas netamente euroescépticas o eurófobas que expresen unas actitudes políticas existentes entre la ciudadanía -debido a sistemas electorales mayoritarios como el británico o el francés- o que pueden incorporar estas actitudes en el marco de proyectos políticos más amplios que no expresan públicamente este euroscepticismo, como podría ser el caso español. En consecuencia, el euroscepticismo de la opinión pública a menudo se ha canalizado mucho mejor a través de los referéndums de ratificación de los tratados europeos que a través de los procesos electorales.

Finalmente, no podemos olvidar que el creciente euroscepticismo no es más que una manifestación más del profundo malestar democrático europeo que también se expresa a nivel nacional. El politólogo holandés Peter Mair (2006), por ejemplo, vincula el crecimiento del euroscepticismo con un movimiento de escepticismo político más de fondo en toda Europa, que afecta también a la política nacional, de modo que resulta cada vez más difícil distinguir entre qué causas del escepticismo político guardan relación con el proyecto europeo y cuáles son de carácter nacional. En este sentido, resulta difícil distinguir en qué medida el rechazo francés y holandés a la Constitución Europea en 2005 fue una muestra de genuino euroscepticismo o fue una forma de expresión del malestar democrático que vivían ambas sociedades desde el año 2002, cuando Jean Marie Le Pen -líder del Frente Nacional- consiguió ser el segundo candidato más votado en las elecciones presidenciales francesas y el populista

xenófobo Pim Fortuny convirtió a su partido en la tercera fuerza del parlamento holandés poco antes de ser asesinado por motivos ideológicos.

El espacio político europeo y los espacios políticos nacionales se encuentran estrechamente interrelacionados. Por consiguiente, al analizar el creciente euroescepticismo hay que tener en cuenta que la crisis democrática no sólo afecta a la Unión Europea sino también a las democracias nacionales, que se ven afectadas por profundas transformaciones en sus respectivos mapas políticos. Esta crisis se expresa indistintamente en países del centro del sistema europeo, como Austria o Holanda, y en países de la periferia, como Grecia e Italia, de modo que resulta difícil afirmar que existe una fractura democrática entre el norte y el sur de la Unión, o entre el centro y la periferia, puesto que los sistemas democráticos en crisis no responden a una geografía concreta. España, que hasta ahora se había mantenido al margen de los vaivenes populistas y de la fragmentación política propia de esta crisis de representatividad democrática, ha sucumbido finalmente a la tendencia general europea y ha vivido un auténtico terremoto político en las elecciones europeas de 2014, de consecuencias aún imprevisibles.

Podríamos afirmar, por consiguiente, que la crisis democrática de la Unión Europea es el reverso de la moneda de las crisis democráticas que se producen a nivel nacional. Aunque su expresión y sus consecuencias puedan ser distintas, las causas profundas del malestar democrático son las mismas, o muy similares, y están relacionadas con la pérdida de poder transformador por parte de las instituciones políticas en un contexto de globalización política y económica.

### **1.2 El debate sobre el déficit democrático de la Unión Europea**

La Unión Europea cumple todos los requisitos que debería cumplir un Estado para ser considerado democrático. Sin embargo, en términos de contenido, la UE está muy lejos de ser democrática, entendiéndolo que la clave de la política democrática radica en una competición entre élites políticas para conseguir el poder político a través del sufragio libre y directo de los ciudadanos, hecho que permite a los ciudadanos realizar elecciones informadas sobre quién debería gobernarlos y sobre qué dirección debería tomar la agenda política. En consecuencia, se produce lo que se ha dado en llamar "déficit democrático".

Siguiendo la definición de Follesdal y Hix (2006) lo que entendemos por "déficit democrático de la UE" incluye cinco conjuntos principales de afirmaciones:

1. Las decisiones de la UE las toman principalmente actores ejecutivos (ministros de los Estados en el Consejo y los Comisarios) que no están sometidos al control parlamentario nacional.
2. El Parlamento Europeo es demasiado débil. El incremento de sus poderes no ha compensado suficientemente la pérdida del control parlamentario nacional ya que el Consejo sigue dominando al Parlamento Europeo y los ciudadanos no están tan bien conectados con el Parlamento Europeo como sí lo están a los parlamentos nacionales.
3. No hay "elecciones europeas" porque los ciudadanos no pueden votar sobre políticas de la UE, excepto en los referéndums periódicos sobre la adhesión a la UE o la reforma de los tratados, ya que las elecciones europeas no suelen tratar sobre Europa sino sobre temas de política nacional.
4. La UE es demasiado distante, demasiado tecnocrática en su funcionamiento y poco comprensible para el ciudadano europeo, acostumbrado al funcionamiento de la democracia parlamentaria nacional articulada por partidos políticos que compiten para conseguir el gobierno a través de candidatos claramente reconocibles para encabezar los gobiernos.
5. La UE ha sufrido una "deriva política", aprobando políticas que no tienen el apoyo de la mayoría de ciudadanos en muchos estados miembros (o incluso en la mayoría de ellos).

Afirmaciones que reflejan de forma concreta el conjunto de la problemática sobre la que académicos y analistas discuten desde los años 90 y que se ha agravado en los últimos años, como consecuencia de nuevas transferencias de soberanía a las instituciones europeas que no han ido acompañadas de sus democratización. Sin embargo, esta descripción de lo que entendemos por "déficit democrático" de la UE incluye tres explicaciones diferentes de porqué existe este déficit democrático que nos pueden aportar también respuestas distintas para intentar resolverlo. (Matarazzo, 2013; Majone, 1998).

Existe una primera escuela de pensamiento, desarrollada después de la aprobación del Tratado de Maastricht, que considera que la UE tiene un problema de "*input legitimacy*". Es decir, un problema de "legitimidad de elección". En consecuencia, la UE no es democrática porque los procesos de decisión no son abiertos a la participación ciudadana a través de órganos de democracia representativa como los que existen a nivel nacional. En este caso, el "déficit democrático" se resolvería otorgando más poderes al Parlamento Europeo y "politizando" su elección en el marco de un debate entre partidos políticos europeos que construyera una dinámica gobierno-oposición como las que existen a nivel nacional.

Una segunda escuela de pensamiento, desarrollada a finales de los años 90, considera que la UE tiene un problema de "*output legitimacy*". Es decir, la UE estaría más legitimada si asegurara un sistema de gobernanza eficaz y fuera capaz de proveer bienes públicos a los europeos. Por consiguiente, si queremos legitimar la UE, lo que deberían hacer las instituciones comunitarias sería resolver los problemas económicos de los europeos. La Unión debería producir *outputs* tangibles para los europeos.

Finalmente, una tercera escuela -la de los comunitaristas- tiene una aproximación muy diferente a las dos anteriores y defiende la tesis que el problema de legitimidad de la Unión es que no existe un *demos* europeo. Y que sin la existencia previa de este *demos* no puede existir ni democracia, ni proceso de democratización, ni regla de la mayoría a nivel europeo.

Partiendo de estas tres explicaciones sobre el "déficit democrático" de la Unión Europea y relacionándolas con el malestar democrático a nivel nacional, la politóloga norteamericana Vivien A. Schmidt ha conceptualizado muy acertadamente el problema contraponiendo la existencia de un sistema de "*politics without policies*" a nivel nacional y de "*policies without politics*" a nivel europeo.

Schmidt (2013) define el sistema político europeo como un sistema de "*policies without politics*" en la medida que es un sistema que produce una gran cantidad de *outputs*, de "políticas públicas", sin un debate político previo, sin "política" como la entendemos a nivel nacional. Se toman importantes decisiones de políticas públicas, sobre todo a nivel económico, sin una deliberación política previa que trascienda los intereses nacionales. Por el contrario, a nivel nacional se produce un fenómeno inverso: existe un sistema de "*politics without policies*". Es decir, un sistema político que discute mucho políticamente pero que no tiene las herramientas para convertir este debate público en políticas públicas efectivas, en la medida que se encuentra limitado por la superestructura europea. Y es en este sentido que la crisis del Euro ha exacerbado la crisis democrática, así en la Unión Europea como en la mayoría de Estados miembros, como veremos a continuación.

¿Cómo resolver la crisis democrática? Una de las propuestas más realistas (Bardi, 2010 y 2013) es el establecimiento de un sistema de partidos políticos europeos que funde y sostenga un sistema político parlamentario europeo similar al nacional. Es decir, creando un sistema de mayorías y minorías políticas e ideológicas en el Parlamento Europeo capaces de elegir una Comisión Europea "politizada", que responda a la agenda política de su mayoría parlamentaria, que a su vez responda a las prioridades políticas de sus votantes. Las elecciones europeas de mayo de 2014 han sido la primera oportunidad para ensayar este modelo.



Los principales partidos políticos europeos presentaron sus candidatos a la presidencia de la Comisión y elaboraron sus propias plataformas programáticas con el objetivo de aplicarlas en caso de obtener la mayoría en el Parlamento y poder elegir al nuevo presidente del ejecutivo comunitario. El objetivo era incrementar la competencia política a nivel europeo, ofrecer alternativas a los votantes, y que los ciudadanos tuvieran la posibilidad de "escoger" qué representantes políticos preferían y para aplicar qué políticas públicas. Es decir, se trataba de restablecer un sistema de "*policies with politics*" a nivel europeo. Un debate político sobre las políticas a llevar a cabo desde las instituciones comunitarias, para que éstas respondan -en la medida de lo posible- a las preferencias mayoritarias de los ciudadanos europeos. En el capítulo cuarto analizaremos las posibilidades y limitaciones de la apuesta por politizar la Comisión a la luz de los resultados de las elecciones europeas de 2014.

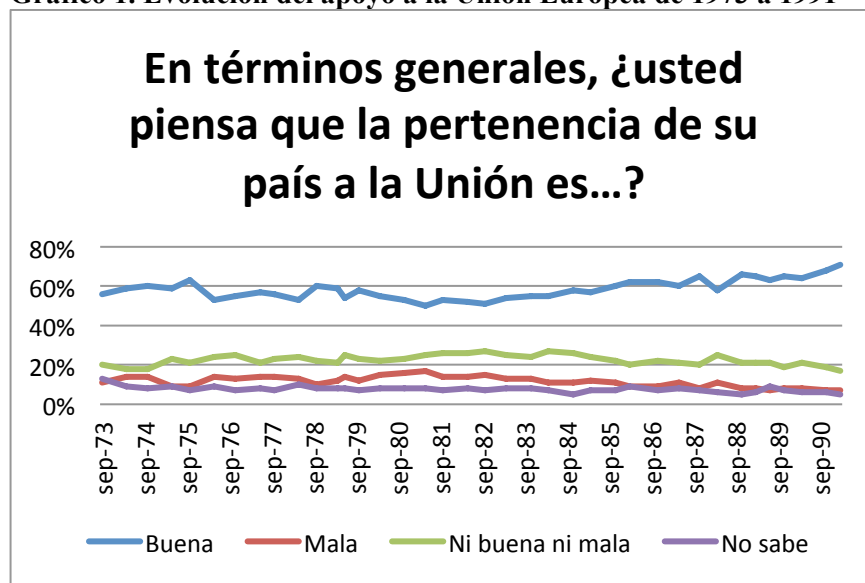
### 1.3 La opinión pública en relación con la Unión Europea.

#### 3.

Como señalaron Lindberg y Scheingold (1970), el proceso de integración europea creció, desde finales de los años 50 y hasta mediados de los 70, en un contexto de "consenso permisivo" entre los ciudadanos de la UE. Como explicó Inglehart (1970:733) "existía una actitud generalmente favorable, pero tenía poco relieve como cuestión política -y ello dejaba libres a los que tomaban las decisiones a nivel nacional para tomar medidas en favor de la integración si lo deseaban, pero con amplia libertad de elección".

Es decir, la mayoría de europeos o no estaban interesados en la integración europea -y, por consiguiente, no tenían una opción formada sobre la acción de sus gobiernos nacionales en este ámbito- o daban apoyo a la política de su gobierno para fomentar una mayor integración. Este estado general de la opinión pública europea quedó empíricamente demostrado con las encuestas del Eurobarómetro a partir de 1973. En aquél momento, alrededor de un 60% de los europeos consideraban que la pertenencia de su país a las Comunidades Europeas del momento era un hecho positivo. Sin embargo, en la segunda mitad de los 70, fruto de la crisis económica, el apoyo al proyecto europeo cayó moderadamente hasta llegar a sólo el 50% en 1981. Pero partir de 1983, coincidiendo con una cierta reactivación económica y con el nuevo impulso a la integración europea que supuso el programa del mercado único impulsado por la primera comisión Delors (1985-1990), los niveles de apoyo al proyecto europeo volvieron a crecer hasta situarse en máximos históricos el año 1991, con un nivel de apoyo del 71%, llegando hasta el 80% en los casos español e italiano.

Gráfico 1. Evolución del apoyo a la Unión Europea de 1973 a 1991

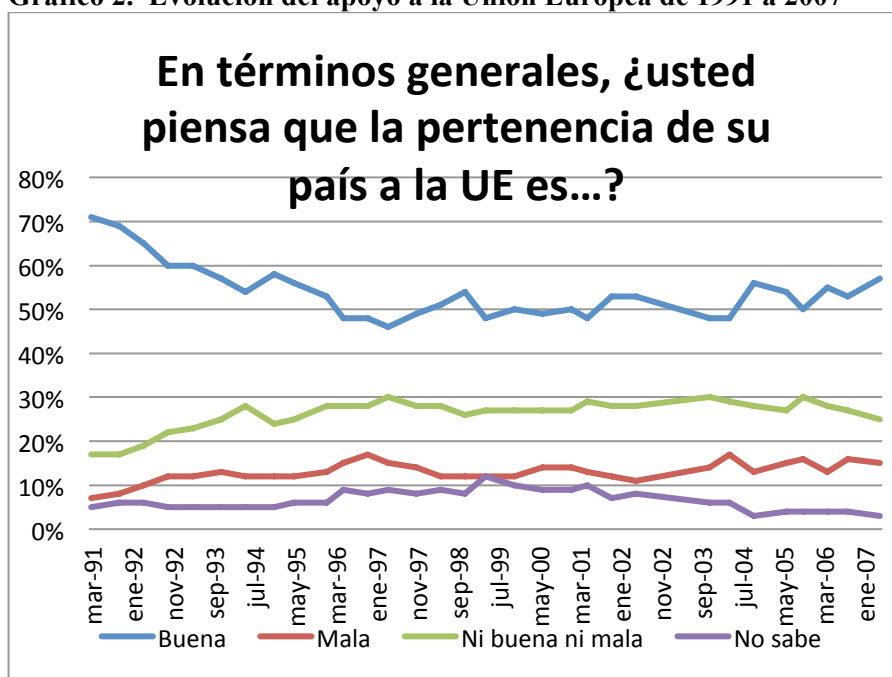


Fuente: Eurobarómetro. Comisión Europea.

Por consiguiente, hasta principios de los años 90, podría parecer que el apoyo a la integración europea era un fenómeno de "vacas gordas". En tiempos de bonanza económica, los europeos incrementaban su apoyo al proyecto europeo y en tiempos de crisis económica lo reducían.

Este patrón parecía haberse repetido con la crisis económica de mediados de los 90 que afectó a distintos países entre 1993 y 1997, hasta el punto que en el año 1997 se registró el índice de apoyo más bajo a la pertenencia a la Unión previo al estallido de la actual crisis económica y financiera. Y también se produjo, como veremos a continuación, el valor más bajo de toda la serie histórica en relación a la percepción de los ciudadanos sobre los beneficios que comportaba la UE para su país.

**Gráfico 2. Evolución del apoyo a la Unión Europea de 1991 a 2007**



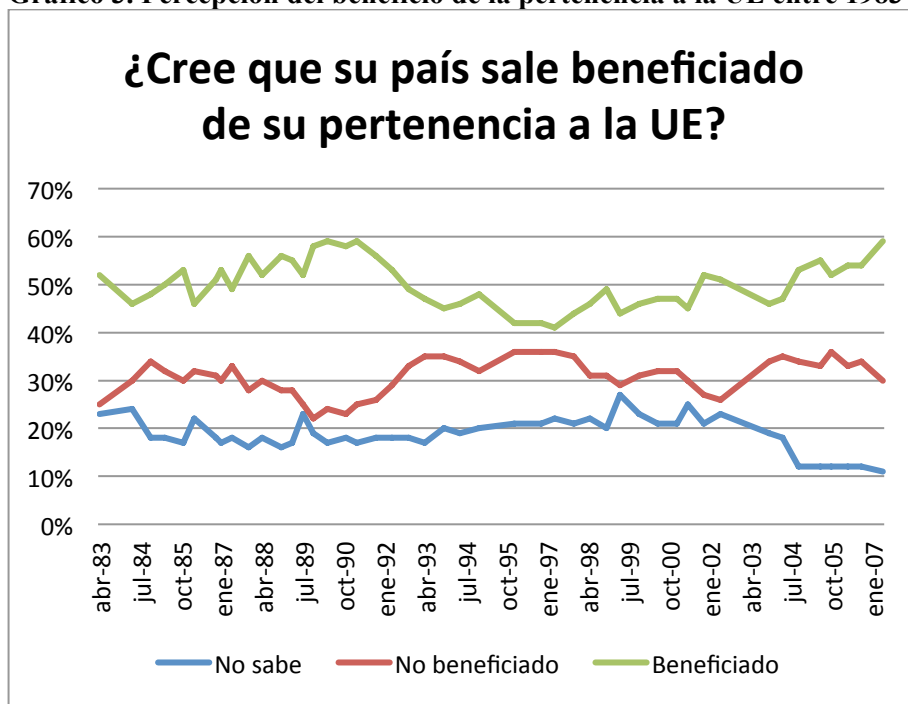
Fuente: Eurobarómetro. Comisión Europea

Siguiendo la teoría de David Easton (1965) sobre el "apoyo utilitario" y el "apoyo afectivo" a las instituciones políticas, podríamos afirmar que el apoyo al proyecto europeo ha sido de carácter eminentemente utilitario. Aunque Easton consideraba que ambos estaban relacionados. Así, el "apoyo afectivo" de un ciudadano a una institución proporciona una "reserva básica" de apoyo, que es mayor o menor según el ciudadano. Si este ciudadano percibe que la institución fomenta sus intereses materiales o preferencias políticas, este nivel básico de apoyo aumentará y, por el contrario, si considera que actúa en contra de sus intereses o preferencias, este apoyo básico disminuirá. Por consiguiente, como señala Hix (2012: 106) "los cálculos utilitarios de coste-beneficio determinarán si el nivel ideológico subyacente subirá o bajará con el tiempo". Una perspectiva muy útil para interpretar la evolución del apoyo de los ciudadanos europeos al proyecto de la Unión en función de si perciben que los beneficia o perjudica.

En este sentido, nos resulta muy indicativa una de las preguntas del Eurobarómetro que aparece en toda la serie desde 1973: "¿Considera que su país, en términos generales, sale beneficiado o no de ser miembro de la UE?". El año 1991 un 60% de los europeos respondían que sí. Con la crisis económica de los años 90, este porcentaje cayó dramáticamente hasta el 41% el año 1997, el punto más bajo de la serie histórica, al que no hemos vuelto ni siquiera en la actual situación de crisis y recesión. En aquél momento, hasta un 36% de los europeos consideraban que su país no salía beneficiado de la pertenencia a la Unión. Un porcentaje que llegó en Alemania al 44% en los dos últimos años de la "era Kohl", el canciller de la reunificación y del impulso a la

integración económica y política europea de los 90. Entre 1996 y 2000, los alemanes consideraban que salían más perjudicados que beneficiados de su pertenencia a la UE. Unos porcentajes que no se han vuelto a producir.

Gráfico 3. Percepción del beneficio de la pertenencia a la UE entre 1983 y 2007



Fuente: Eurobarómetro. Comisión Europea.

La entrada en circulación del euro y la reactivación económica de la primera década del siglo XXI impulsaron la recuperación de la opinión sobre los beneficios de la Unión, y los alemanes - así como el conjunto de europeos- volvieron a considerar que su país salía beneficiado de formar parte del club comunitario, recuperando el nivel del 60% en 2007 -75% en España- en la antesala de la crisis.

El "apoyo utilitario" a la Unión en 2007 volvía a estar en los niveles de 1991, pero el "apoyo afectivo" no. En los primeros años del siglo XXI -tiempo de bonanza económica en prácticamente todos los países europeos- los ciudadanos que consideraban que la pertenencia a la Unión era positiva para su país eran sólo un 57%, lejos del 71% de 1991. Algo había cambiado durante los años 90 y los primeros años del nuevo siglo.

Debemos concluir, por consiguiente, que más allá de la evolución del "apoyo utilitario" a la UE, el descenso estructural del "apoyo afectivo" al proyecto europeo se produjo a partir del proceso de ratificación del Tratado de Maastricht, en el año 1992, como han señalado distintos autores como Hix (2008), entre otros. Desde entonces -ni tan siquiera en tiempos de bonanza económica- se han vuelto a producir los niveles de apoyo a la UE que se vivieron a finales de los años 80 y hasta el año 1992, superiores al 65%. Por el contrario, estos niveles de apoyo se estabilizaron entorno al 50-55% antes del estallido de la actual crisis económica, aunque con notables diferencias entre países.

Entre los años 80 y 90 el apoyo a la UE había sido muy elevado en países como España, Holanda, Bélgica, Luxemburgo e Irlanda, con niveles entre el 65 i el 80% de la población. Alemania, que se había situado en esta franja antes del estancamiento económico de finales de los años 90, se situó en unos niveles de apoyo inferiores, alrededor del 60%, entre los años 2000 y 2007.

Por otro lado, en el conjunto de miembros de la Unión Europea no existía una relación directa entre el apoyo a la UE y los años de pertenencia al club comunitario, ni tan siquiera con la situación económica de cada país. Con datos de 2007, entre los países más euroescépticos podíamos encontrar estados de reciente adhesión, como Letonia y Hungría, estados provenientes de las adhesiones de los años 70 (Reino Unido) o de los años 90 (Austria).

En 2007, entre los 4 grandes países de la zona euro podíamos diferenciar claramente entre dos países claramente más favorables a la UE, Alemania y España, con porcentajes de apoyo entre el 65 y el 75%, y dos países más euroescépticos, Francia e Italia, con niveles de apoyo alrededor del 50%. Por el contrario Reino Unido y Polonia, los dos grandes países de la Unión que no forman parte de la zona Euro, seguían parámetros distintos.

Los polacos, que habían entrado en la Unión en 2004 con un apoyo del 54%, reforzaron su europeísmo hasta llegar a niveles de apoyo similares al español (71% en la primavera de 2007). Por el contrario, en 2007 sólo el 39% de los británicos apoyaba la pertenencia a la Unión y un 30% la rechazaba. Niveles que se habían mantenido muy estables desde mediados de los años 90.

El creciente euroescepticismo europeo antes del estallido de la crisis en determinados países tuvo consecuencias políticas cruciales, puesto que provocó la derrota de la propuesta de Constitución Europea en los referéndums celebrados en Francia y los Países Bajos el 29 de mayo y el 1 de junio de 2005 respectivamente, con un 54% de votos negativos en el caso francés y un 61% en el caso holandés. Unos resultados que "regalvanizaron" definitivamente el euroescepticismo y le otorgaron una nueva legitimidad (Startin y Kroewel, 2012). El caso holandés es especialmente llamativo, puesto que el apoyo de los holandeses a la pertenencia de su país a la Unión en 2007 era muy alto (77%), y el rechazo a la constitución obedecía principalmente al malestar democrático nacional y al rechazo a transferir más soberanía a las instituciones comunitarias.

Así pues, una primera conclusión a la que podemos llegar con el análisis de la evolución de la opinión pública europea hasta el año 2007, es que el "apoyo utilitario" a la Unión ha ido evolucionando en función del contexto económico, aumentando su apoyo en tiempos de bonanza y disminuyéndolo en tiempos de crisis, aunque podemos observar notables diferencias entre países, en función de si los ciudadanos han percibido que su país salía beneficiado o no de su pertenencia a la UE.

En cambio, el "apoyo afectivo" cayó de forma sostenida desde 1991, mostrando un creciente malestar de los ciudadanos de la Unión en relación a un proceso de construcción política que les resulta lejano y sobre el que no tienen la percepción de poder influir, excepto en momentos puntuales, cuando se someten a referéndum las grandes reformas de los Tratados, como en 1992 y 2005. En estos "momentos fuertes", aparece lo que podríamos llamar un sistema de "democracia plebiscitaria" a nivel europeo (Aixalà, 2005) con distintas manifestaciones nacionales en cada país donde se celebra el referéndum pero con evidentes puntos de conexión. Un sistema de "democracia plebiscitaria" que ha tenido efectos devastadores sobre los proyectos de reforma de los tratados sometidos a referendo.

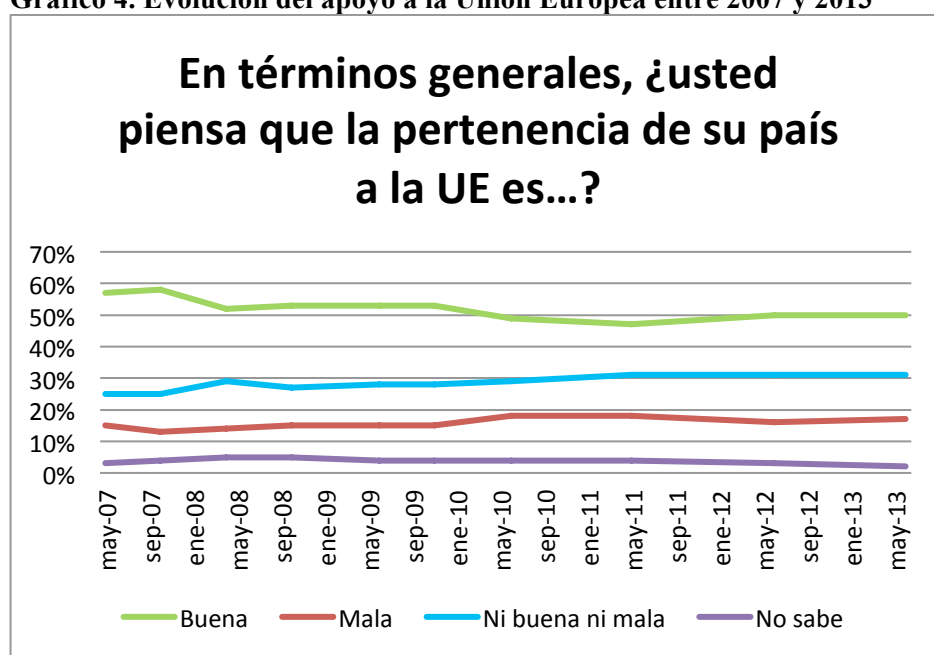
En cualquier caso, el descenso sostenido del "apoyo afectivo" al proyecto europeo desde el año 1991 analizado anteriormente nos puede ayudar a comprender por qué la actual crisis económica ha provocado una caída de los niveles de confianza en las instituciones europeas, como veremos en el próximo capítulo, cuando estas han demostrado no ser capaces de resolver positivamente los problemas de los ciudadanos derivados de la actual crisis económica y financiera.

## 4. 2. La evolución de la opinión pública europea desde el estallido de la crisis.

### 1. 2.1 La evolución de la opinión pública europea (2007-2013)

Situados en un contexto de alto "apoyo utilitario" de la Unión Europea en tiempos de bonanza económica pero descenso sostenido del "apoyo afectivo" a la Unión al margen del ciclo económico, la actual crisis económica y financiera ha evidenciado la mala imagen y la desconfianza de los europeos en relación a las instituciones comunitarias, aunque el apoyo al proyecto europeo y la pertenencia a la Unión han descendido muy levemente, como muestra el gráfico 4. El "apoyo afectivo" a la UE descendió en los primeros años de la crisis, de 2007 a 2011, pero parece haberse recuperado ligeramente desde entonces, estabilizándose en torno al 50%.

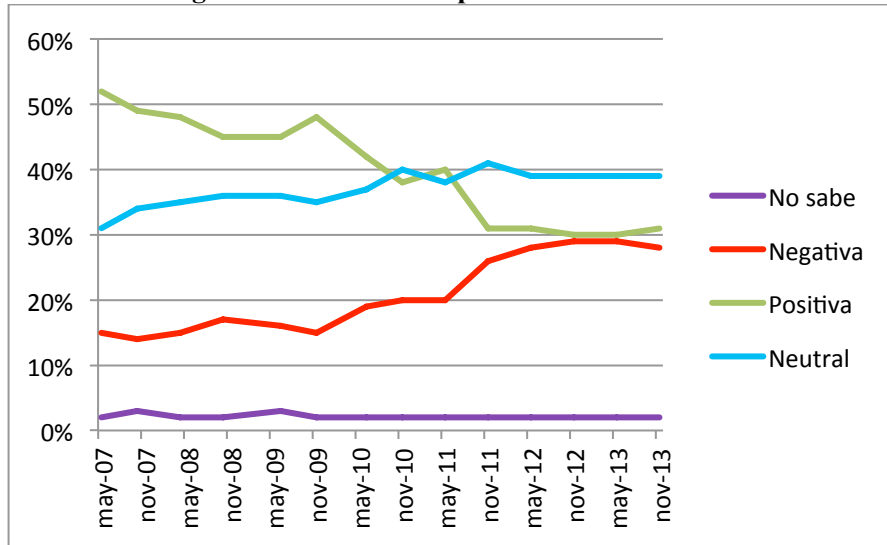
Gráfico 4. Evolución del apoyo a la Unión Europea entre 2007 y 2013



Fuente: Eurobarómetro. Comisión Europea.

Por el contrario, la imagen de la Unión sufrió un descenso mucho mayor. Los europeos que tenían una imagen positiva o muy positiva de la UE descendieron desde el 50-55% antes del estallido de la crisis, a sólo un 30% entre los años 2011 y 2013. Por el contrario, los que tienen una imagen negativa o muy negativa se ha situado también alrededor de un 30% y el restante 40% -es decir, el grupo más numeroso- dice tener una imagen "neutral" de la UE.

**Gráfico 5. Imagen de la Unión Europea**

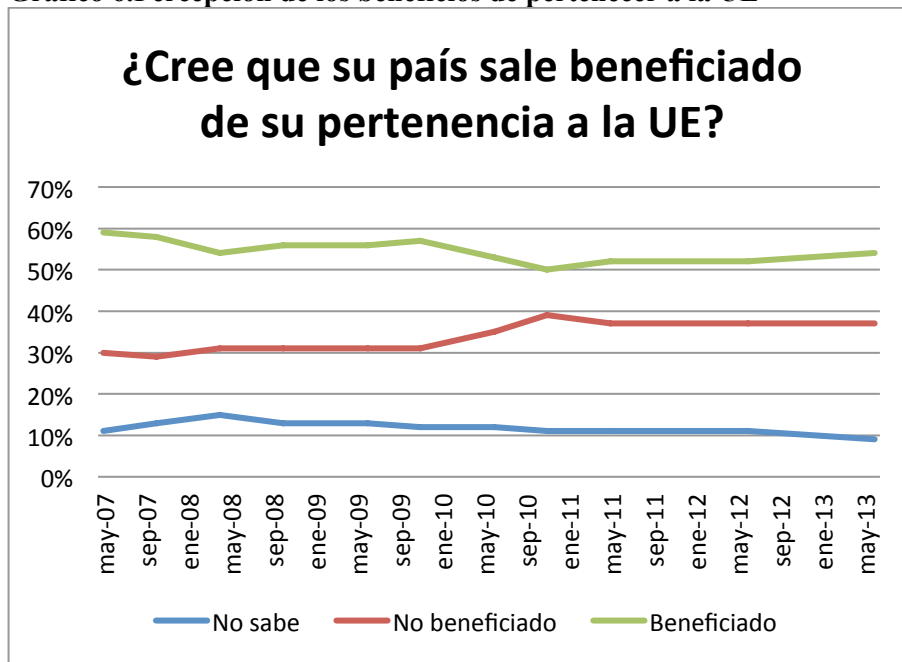


Fuente: Eurobarómetro n.67-80. Comisión Europea

En paralelo a la creciente mala imagen de la UE entre los europeos, también ha crecido el número de europeos que consideran que el hecho de formar parte de la UE no beneficia a su país (35-40%). Con todo, se ha estabilizado por encima del 50% el porcentaje de europeos que consideran mayores los beneficios que los costes de pertenecer a la Unión, tras un punto de inflexión en el primer semestre de 2011.

Cabe destacar aquí las diferencias entre la zona euro y el resto de la Unión. Mientras que el 52% de los ciudadanos de la zona Euro consideran que la pertenencia a la UE es buena, sólo lo piensan así el 45% de los ciudadanos de los países que se encuentran fuera de la zona Euro. En cambio mientras el 57% de los ciudadanos de la zona no-Euro consideran que su país sale beneficiado de la pertenencia a la Unión -principalmente los países de las últimas ampliaciones, sólo piensan los mismo el 53% de los ciudadanos de la zona euro (European Parliament 2013).

**Gráfico 6. Percepción de los beneficios de pertenecer a la UE**



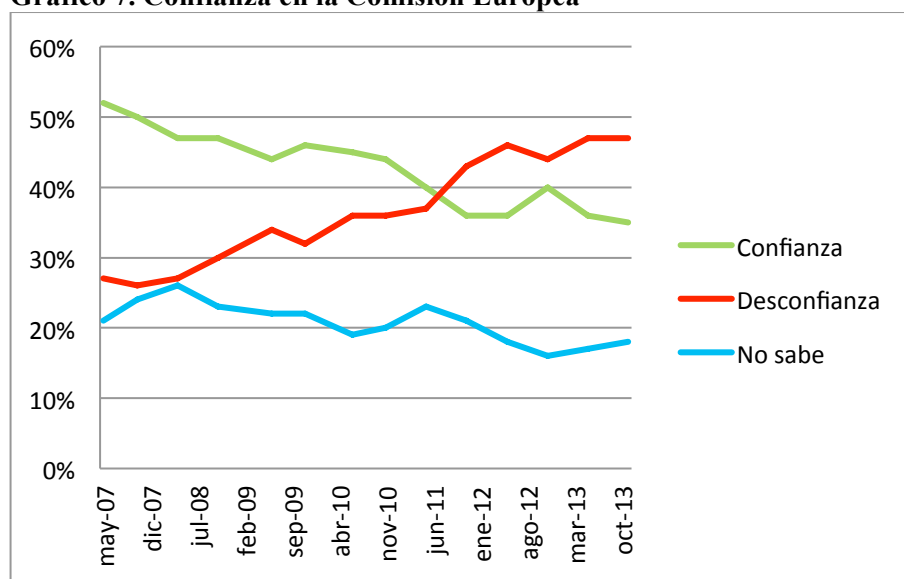
Fuente: Eurobarómetro n.67-79. Comisión Europea

Así, podemos afirmar que a pesar que el "apoyo utilitario" de los ciudadanos al proyecto europeo ha bajado durante los últimos 6 años, no ha llegado a los mínimos históricos registrados a finales de los años 90, cuando sólo un 41% de los europeos consideraban que la pertenencia a la UE beneficiaba a su país. Un dato que viene reforzado por el apoyo a la pertenencia a la UE. A pesar de la crisis económica y política, un 50% de los europeos sigue considerando que la pertenencia a la Unión es -en términos generales- buena.

En cambio, donde sí que se han producido cambios significativos y nuevos mínimos históricos es en el "apoyo afectivo", que valoramos en base a la imagen que tienen los europeos de la UE. Aquí sí se ha producido un descenso significativo. Los europeos, hoy, no tienen una imagen positiva de la UE y, como veremos a continuación, han dejado de confiar en sus instituciones.

El nivel de confianza en las instituciones europeas ha sufrido un duro golpe en los últimos siete años, el mayor de toda la serie histórica -que en relación a la confianza que tienen los europeos en sus instituciones empezó en el año 1993. La confianza en la Comisión, en primer lugar -que se había movido alrededor del 50%- ha caído hasta el 36%, y la desconfianza en la institución ha aumentado hasta el 47%. A su vez, el porcentaje de europeos que no respondían "no sabe" se ha reducido en 10 puntos, en la medida que la crisis económica ha visibilizado la gestión de la institución. Es decir, hoy los europeos tienen una opinión más formada sobre la Comisión y a pesar de ello -o precisamente por ello- sienten más desconfianza hacia ella.

**Gráfico 7. Confianza en la Comisión Europea**

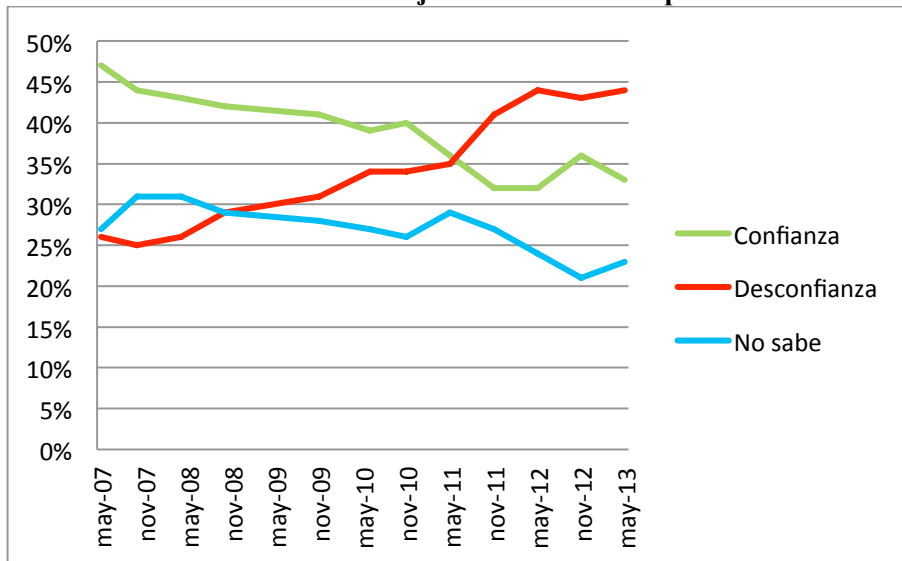


Fuente: Eurobarómetro n.67-80. Comisión Europea.

El Consejo de la Unión Europea produce un nivel de desconfianza similar, que ha llegado al 44%, manteniendo la confianza de sólo un tercio de los europeos, y con niveles relativamente similares entre países aunque -una vez más- los españoles se significan con un crecimiento de la desconfianza que llega al 66%, unos niveles sólo comparables a los que registran las opiniones de los ciudadanos griegos y portugueses.

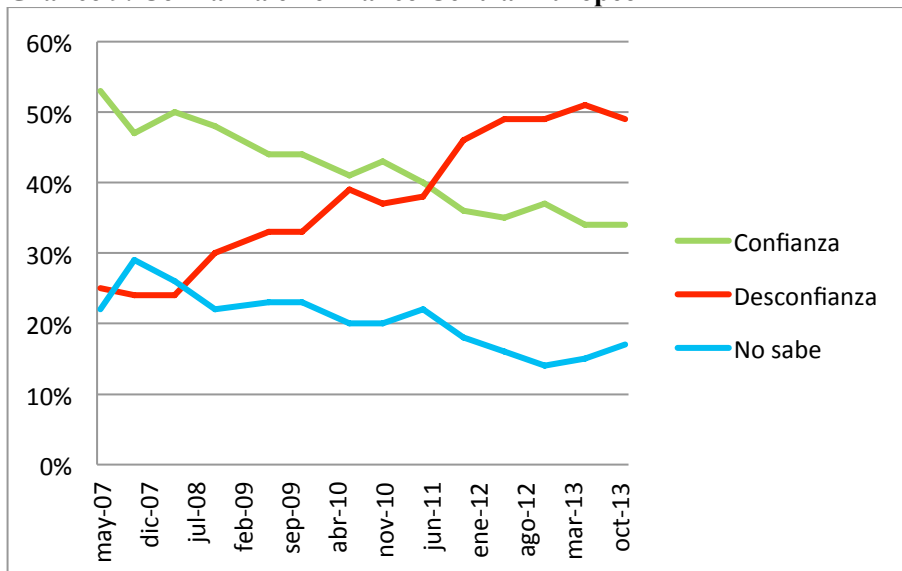
Entre las instituciones de la Unión, el grado de desconfianza más elevado lo ostenta el Banco Central Europeo. Después de haber mantenido un nivel de confianza alrededor del 50% desde su creación, el estallido de la crisis ha provocado que su nivel de confianza haya caído hasta el 34% el año 2013, cuando los europeos que dicen no confiar en el BCE han superado por primera vez el 50%.

**Gráfico 8. Confianza en el Consejo de la Unión Europea**



Fuente: Eurobarómetro n.67-79. Comisión Europea.

**Gráfico 9. Confianza en el Banco Central Europeo**

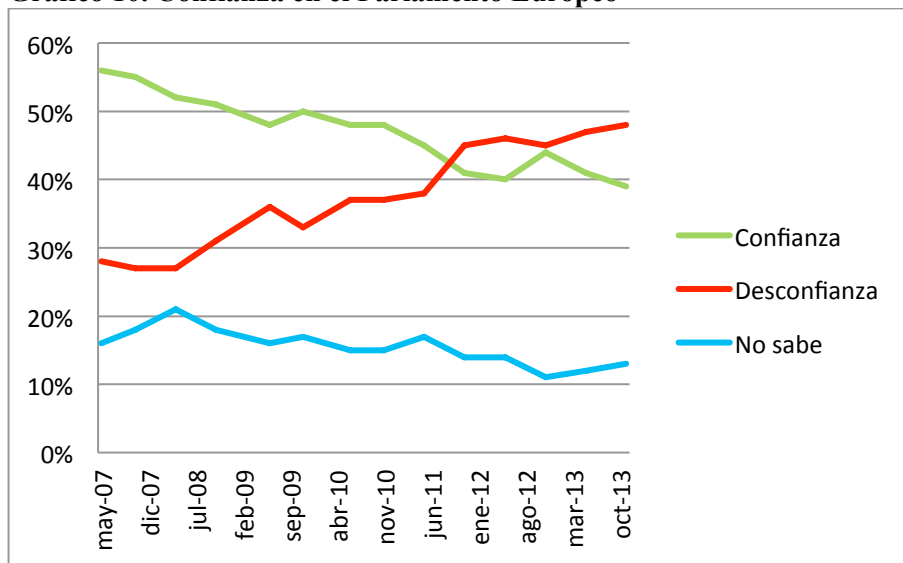


Fuente: Eurobarómetro n.67-80. Comisión Europea.

La desconfianza ha llegado también al Parlamento Europeo -aunque de forma más matizada. Un 48% de los europeos decían no confiar en él a finales de 2013 (sólo eran un 28% en 2007), mientras que los que expresaban su confianza en la institución han descendido del 56% al 39%.



**Gráfico 10. Confianza en el Parlamento Europeo**



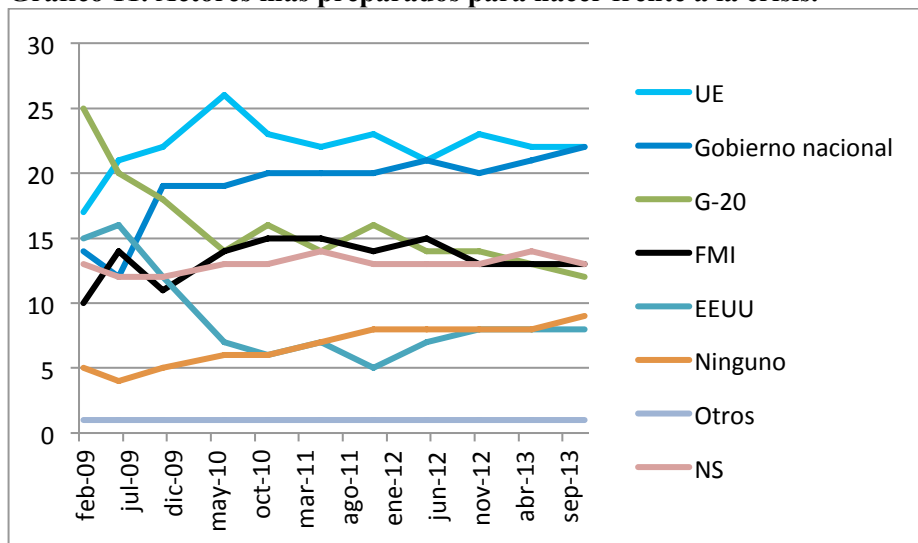
Fuente: Eurobarómetro n.67-80. Comisión Europea.

A pesar de todo, los europeos siguen considerando que la Unión Europea es el actor que puede actuar de forma más eficaz contra la crisis según la encuesta "Los europeos y la crisis" publicada conjuntamente con el Eurobarómetro la primavera de 2013 (European Commission 2013b).

Aunque en el inicio de la crisis, en otoño de 2008, los europeos pensaban en el G-20 como actor principal para hacer frente a la crisis, desde la primavera de 2009 la Unión Europea es considerada como el actor que más puede hacer -así lo piensan entre un 20 i un 25% de los europeos- aunque a medida que ha ido avanzando la crisis, los gobiernos nacionales han ido ganando peso en la percepción ciudadana como actores capaces de gestionar la situación, hasta sobrepasar el 20%. Por el contrario, el G-20 y el FMI han perdido capacidad de acción según los europeos, así como los Estados Unidos.

Por consiguiente, los datos nos indican que la percepción ha evolucionado de manera que los europeos son más conscientes hoy que la respuesta a la crisis no se resolverá a nivel global, sino a nivel europeo y nacional.

**Gráfico 11. Actores más preparados para hacer frente a la crisis.**



Fuente: Eurobarómetro n. 67-79. Comisión Europea.

A la vista de los datos, podríamos concluir de forma preliminar que los europeos no cuestionan la pertenencia de sus países a la UE ni consideran mayoritariamente que sus países salen perjudicados de la pertenencia a la UE, pero han perdido la confianza en la capacidad de las instituciones europeas para resolver sus problemas. La imagen de la UE ha caído en picado pero no así la voluntad de seguir formando parte de la Unión. Ha aumentado significativamente, eso sí, los que consideran que la UE no aporta nada de significativo "ni bueno ni malo" a sus vidas. Son ya casi un tercio los europeos que piensan así. Aunque, a pesar de todo, un 50% sigue pensando que la pertenencia a la UE resulta "*generally speaking, good*".

## **2. 2.2 La opinión pública en relación a la UE en Alemania, Francia, Italia y España**

Como apuntamos en la sección anterior, el año 2007 la opinión pública de los cuatro grandes países de la zona Euro ya presentaba algunas diferencias sustanciales. El objetivo de esta sección es analizar si la evolución de la crisis ha incrementado estas diferencias o ha provocado una evolución similar de las cuatro opiniones públicas nacionales, analizadas a partir de la serie demoscópica de los Eurobarómetros, y comparándolas con otras dos encuestas transnacionales que realizan periódicamente el *Pew Research Center* y el *Institut Français d'Opinion Publique* (IFOP). Como contraste, compararemos la evolución de estos cuatro países, con dos países que no se encuentran en la zona Euro: Polonia y el Reino Unido.

Como veremos a continuación, durante los últimos siete años se ha producido una tendencia común, en los cuatro grandes países de la zona Euro, hacia el descenso del apoyo a la UE y el incremento de la desconfianza en relación a las instituciones europeas, aunque con destacables diferencias -cronológicas y de intensidad- entre los cuatro países.

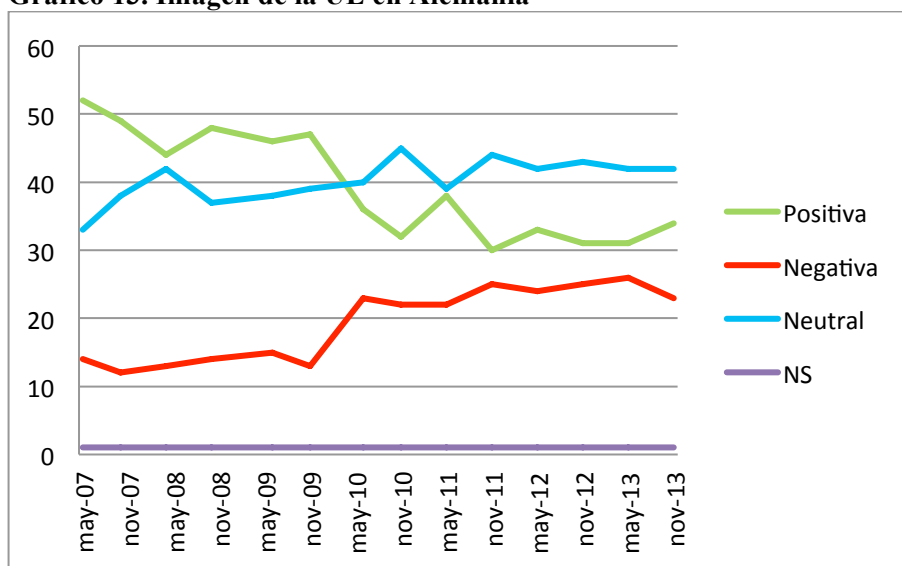
Antes del inicio de la crisis, en mayo de 2007, un 52% de los alemanes, un 50% de los franceses, un 58% de los italianos y un 64% de los españoles tenían una imagen positiva de la Unión. Alrededor de un 30% -en los cuatro países- tenía una imagen neutral, y entre un 6% (España) y un 21% (Francia) tenían una imagen negativa.

Dos años después, en junio de 2009, la buena imagen entre los alemanes había descendido al 47% (-5), la de los franceses al 49% (-1) y la de los italianos al 56% (-2). Es decir, una cierta estabilidad a la baja. La imagen entre los españoles, en cambio, había bajado 10 puntos, hasta el 54%. Pero la imagen negativa de la Unión se mantenía por debajo del 10% excepto en el caso francés, como dos años antes.

El gran descenso, sin embargo se produce el año 2010 cuando ya ha estallado la crisis de la deuda, se han intervenido las economías nacionales de Grecia, Portugal e Irlanda, y el gobierno español se ve obligado a anunciar el primer gran recorte de gasto público en mayo de 2010. En la primavera de 2010, la imagen positiva de la UE había caído hasta el 36% entre los alemanes (-11), 42% entre los franceses (-7), 50% entre los italianos (-8) y 47% entre los españoles (-7), justo antes de la intervención de mayo de 2010.

En sólo tres años, entre 2007 y 2010, los alemanes se situaron entre los europeos que tenían una imagen menos positiva de la UE. En los años posteriores -como veremos a continuación- la opinión alemana mantendrá la tendencia a la baja, hasta llegar al 31% de valoración positiva en mayo de 2013 -aunque parece haberse recuperado hasta el 34% en otoño de 2013- mientras que la imagen negativa aumentará hasta estabilizarse en torno al 25%.

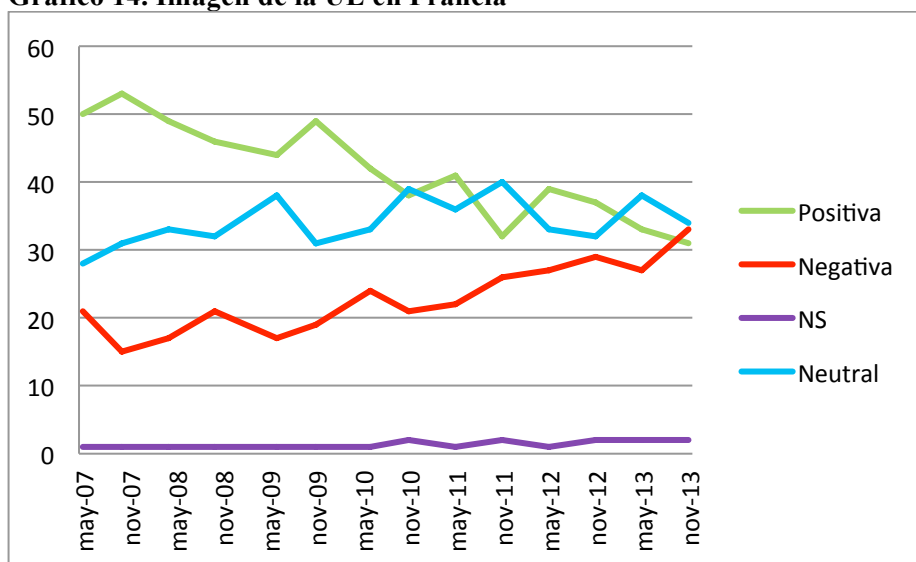
**Gráfico 13. Imagen de la UE en Alemania**



Fuente: Erurobarómetro n.67-80. Comisión Europea

Durante estos años, en cambio, la imagen de la UE entre los franceses ha variado de forma distinta. Cayó hasta el 32% en noviembre de 2011 -coincidiendo con la crisis de la deuda española e italiana- se recuperó hasta el 39% en la primavera de 2012 -coincidiendo con las elecciones presidenciales que auparon a François Hollande a la presidencia de la República- pero volvió a caer hasta el 33% en mayo de 2013, con una imagen negativa que llegó al 29% en el otoño de 2012 y ha alcanzado el 33% en otoño de 2013, superando por primera vez la imagen positiva de la Unión, que ha seguido descendiendo hasta el 31%, el punto más bajo de la serie histórica.

**Gráfico 14. Imagen de la UE en Francia**

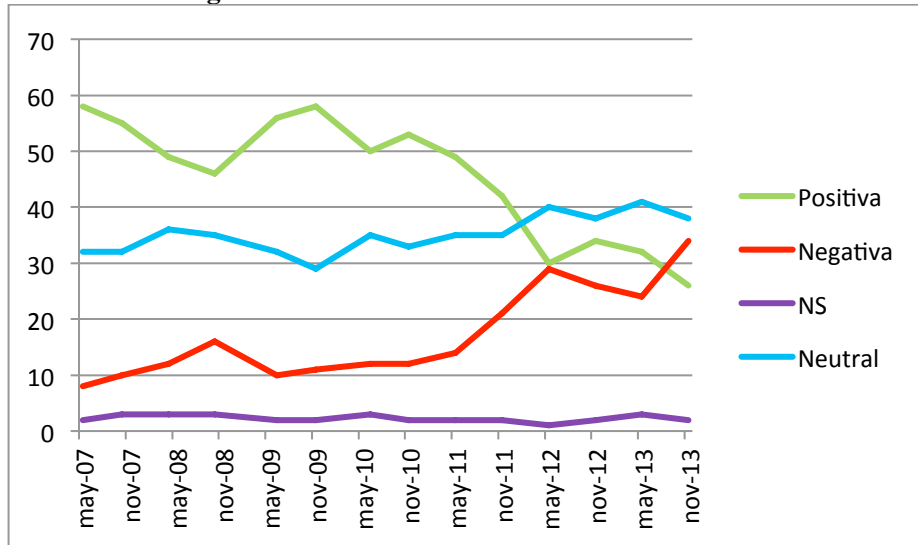


Fuente: Eurobarómetro n.67-80. Comisión Europea.

En Italia, la imagen positiva de la Unión cayó espectacularmente tras la crisis de la deuda del verano-otoño de 2011, que provocó la caída del gobierno Berlusconi. En el otoño de aquel año, la imagen cayó casi 10 puntos (hasta el 40%) y aún otros 10 puntos entre invierno y primavera de 2012, hasta situar-se en el 30%. Desde entonces, se ha mantenido en niveles entre el 30 y el 35%, con una imagen negativa que llegó al 29% en mayo de 2012 y se mantuvo desde entonces alrededor del 25%, hasta sufrir un nuevo incremento en otoño de 2013, cuando por primera vez el número de italianos que tienen una imagen negativa de la Unión (34%) ha superado los que

mantiene una imatge positiva (26%), seguint la mateixa tendència registrada entre els francesos durant 2013.

**Gràfic 15. Imatge de la UE en Itàlia**

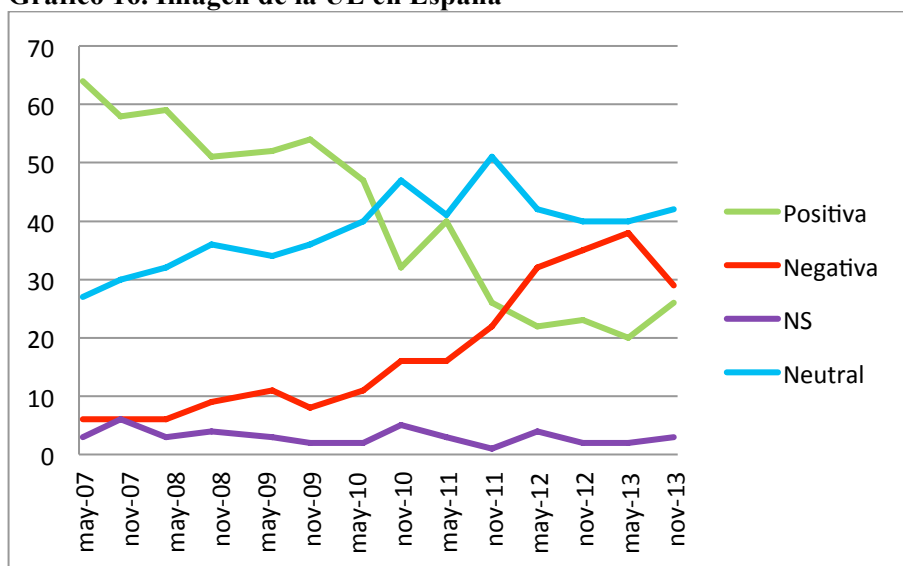


Fuente: Eurobarómetro n.67-80. Comisión Europea

En el caso español, la opinión positiva cayó de forma muy pronunciada -hasta el 32%- en otoño de 2010, tras la intervención europea del mes de mayo -y a pesar de una cierta recuperación en la primavera de 2011 (+8), volvió a descender en noviembre de aquél año, tras el cambio constitucional del verano anterior para adaptar la Constitución española a los límites de déficit y endeudamiento público establecidos en el Tratado de Estabilidad, Coordinación y Gobernanza Económica de la Unión Económica y Monetaria. En el Eurobarómetro de otoño de 2011 la imagen positiva cayó por primera vez por debajo del 30%, y en primavera de 2012 el número de españoles con una imagen negativa de la Unión (32%) superó por primera vez los que mantenían una opinión positiva (22%).

Desde entonces, la imagen positiva siguió un imparable descenso hasta llegar al 20% en la primavera de 2013, mientras que la imagen negativa llegaba al 38%. En el último Eurobarómetro, en cambio, se aprecia un cambio de tendencia. Por primera vez desde 2009 la imagen de la UE en España se ha recuperado ligeramente. Con datos de noviembre de 2013, los españoles que tienen una imagen positiva de la UE han crecido hasta el 26%, recuperando los niveles de otoño de 2011, y los que tienen una imagen negativa han descendido en nueve puntos hasta situarse en el 29%.

Gráfico 16. Imagen de la UE en España



Fuente: Eurobarómetro n. 67-80. Comisión Europea

En este mismo período, la imagen positiva de la UE también ha descendido notablemente en Polonia, del 64% al 43%, aunque manteniéndose en niveles ligeramente superiores a los registrados en los cuatro grandes países de la zona Euro. En el Reino Unido, donde la imagen positiva de la Unión en 2007 era de sólo un 35%, tras la crisis ha descendido al 21%, mientras que la imagen negativa supera el 40%.

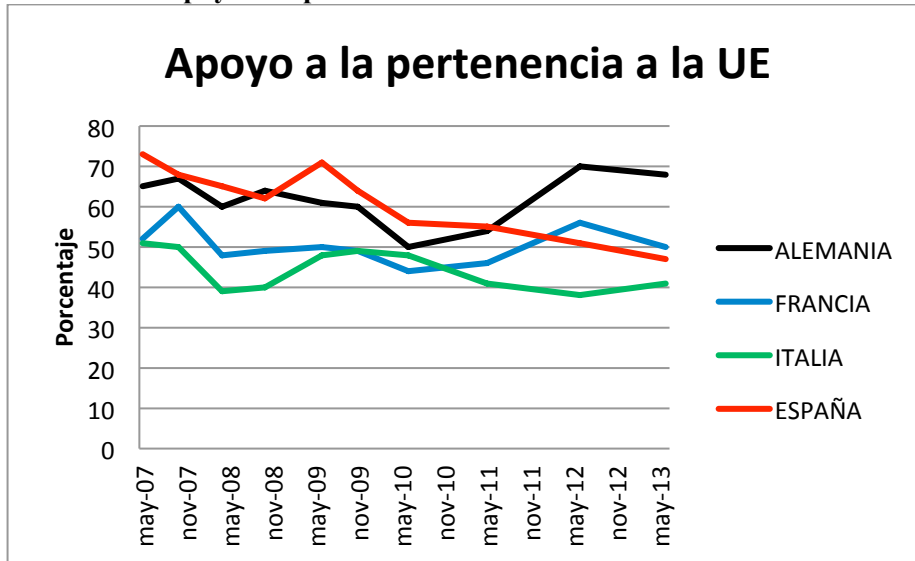
Sin embargo, el apoyo a la pertenencia del propio país a la Unión Europea no ha sufrido los mismos descensos entre los 4 grandes países de la Eurozona. El número de alemanes que consideraba como buena la pertenencia de su país a la UE bajó del 65% en 2007 hasta el 54% en mayo de 2011, pero se ha recuperado hasta el 68-70% en los últimos dos años.

En Francia, el porcentaje de franceses que consideran que la pertenencia a la UE era buena para su país bajó del 52% el 2007 hasta el 46% en 2011. Se recuperó en la primavera de 2012 (56%) coincidiendo con la elección de François Hollande -cuando quizás muchos franceses consideraron que Francia podría influir en un cierto viraje de la política europea, pero ha vuelto a caer hasta el 50% en 2013.

En Italia, la opinión sobre la pertenencia a la UE sufrió una caída más importante, del 51% al 41% entre 2007 y 2013, con un mínimo histórico del 38% en la primavera de 2012, pocos meses después de la intervención europea que hizo caer el gobierno Berlusconi.

En España el descenso ha sido aún más espectacular: del 73% al 47%. Más de 25 puntos en seis años. Con un descenso muy acusado a partir de 2010, tras la intervención europea que conllevó la aplicación del primer gran recorte de gasto público de la política de austeridad.

Gráfico 17. Apoyo a la pertenencia a la UE



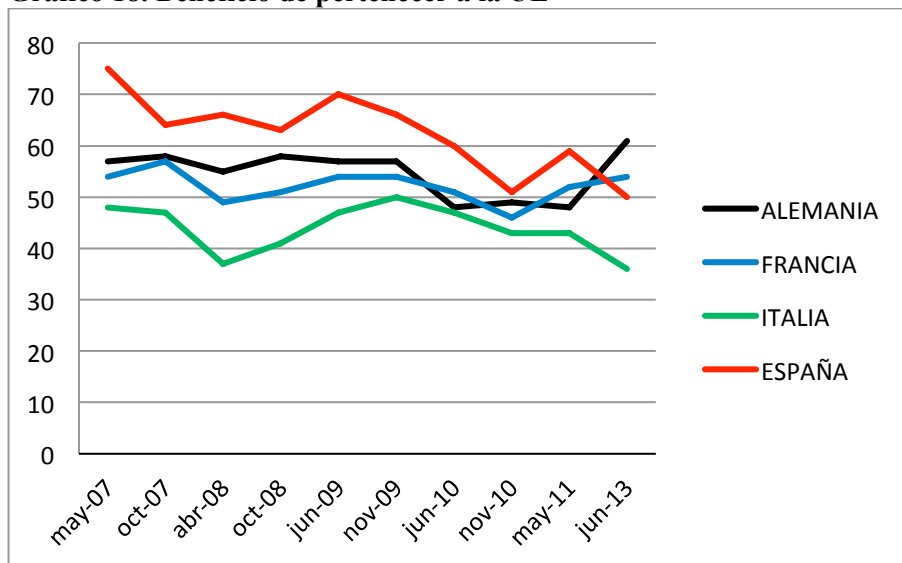
Fuente: Eurobarómetro. Comisión Europea

El apoyo a la pertenencia a la Unión en Polonia ha seguido parámetros muy similares al español, desde niveles del 67-71% en 2007, hasta un apoyo del 53% en 2013, de modo que no podemos inferir que el descenso en el "apoyo afectivo" a la UE sea consecuencia de la crisis económica, puesto que Polonia ha vivido siete años de crecimiento sostenido. Tampoco la evolución de la opinión de los británicos responde a una lógica económica, puesto que el apoyo a la pertenencia a la UE en el Reino Unido se ha mantenido alrededor del 30% durante todo el período.

Siguiendo la comparativa de las encuestas del Eurobarómetro en los 4 grandes países de la Eurozona, podemos apreciar aún más diferencias entre ellos si observamos la evolución en las respuestas a la pregunta "¿Vd. diría que su país se ha beneficiado o no de su pertenencia a la UE?. Es decir, en relación al "apoyo utilitario" a la Unión.

Antes del inicio de la crisis, un 57% de los alemanes, un 54% de los franceses, un 48% de italianos y un 75% de españoles consideraban que su país salía beneficiado de ser miembro de la UE. Seis años después, un 61% de alemanes y un 54% de franceses aún lo piensan, pero sólo un 36% de italianos y un 50% de españoles lo siguen creyendo. Por el contrario, un 52% de italianos y un 41% de españoles consideran que su país no sale beneficiado de pertenecer a la Unión.

Gráfico 18. Beneficio de pertenecer a la UE



Fuente: Eurobarómetro n.67-79. Comisión Europea.

Tabla 1. Evolución del PIB

	2007	2008	2009	2010	2011	2012	2013
ALEMANIA	3,3	1,1	-5,1	4	3,3	0,7	0,4
FRANCIA	2,3	-0,1	-3,1	1,7	2	0	0,2
ITALIA	1,7	-1,2	-5,5	1,7	0,4	-2,4	-1,9
ESPAÑA	3,5	0,9	-3,8	-0,2	0,1	-1,6	-1,2
POLONIA	6,8	5,1	1,6	3,9	4,5	1,9	1,6
REINO UNIDO	3,4	-0,8	-5,2	1,7	1,1	0,3	1,9

Fuente: Eurostat

Esta evolución coincide con la fuerte contracción del PIB registrado en ambos países. Tras la contracción de 2009, el "apoyo utilitario" de los españoles sufrió una notable caída, hasta situarse en el 50% en otoño de 2010. Se recuperó significativamente en el primer semestre de 2011 -hasta situarse en el 60%- coincidiendo con una tímida recuperación económica, y ha vuelto a caer en 2012 y 2013, coincidiendo con la segunda recesión.

Sin embargo, en el caso italiano la evolución del "apoyo utilitario" muestra un comportamiento que no coincide exactamente con la evolución económica. Los italianos que perciben como beneficiosa la pertenencia a la Unión descienden con fuerza el primer semestre de 2008 pero se recuperan notablemente en 2009 -a pesar de la fuerte recesión-, mientras el porcentaje vuelve a descender en 2010 y 2011 -a pesar de una tímida recuperación económica- y se desploma en 2012 y 2013 tras la segunda recesión.

Alemanes y franceses también han considerado en algún momento de estos seis años que su país no salía beneficiado de la pertenencia a la UE. En concreto, en la primavera de 2010 -en pleno debate sobre los rescates financieros y las intervenciones europeas en la política económica de distintos países, y tras una fuerte contracción del PIB en 2009- el 43% de los alemanes así la consideraba. El porcentaje de alemanes que consideraban que su país salía beneficiado de la pertenencia a la UE se fue recuperando a partir de 2011, cuando los alemanes vieron que su situación económica empezaba a mejorar y empezaron a considerar que la canciller Angela Merkel tomaba las riendas de la situación europea.

En este sentido, cabe señalar que el PIB alemán sufrió un grave descenso en 2009, pero se recuperó ampliamente en 2010 y 2011, para estancarse en un leve crecimiento en 2012 y 2013. Así, tras el *annus horribilis* económico de 2009, descendió el "apoyo utilitario" a la Unión, y tras la recuperación económica de 2010 y 2011, se recuperó en 2011 y 2012 para estancarse en 2013, coincidiendo con el estancamiento de la economía.

Los franceses, en cambio, han mostrado mayores oscilaciones en su valoración y lo han vinculado menos a la situación económica, registrando valoraciones menos positivas en primavera de 2008 y en otoño de 2010 -sin coincidir con períodos de recesión sino de moderado crecimiento-, y se ha recuperado en los últimos dos años a pesar del estancamiento económico. De modo que podríamos afirmar que a pesar del descenso del "apoyo afectivo" de los franceses a la Unión, su "apoyo utilitario" se mantiene en niveles previos a la crisis.

Tampoco la evolución del balance de beneficios en Polonia y el Reino Unido parece seguir la misma evolución que el PIB. Así, a pesar del crecimiento sostenido en Polonia, los polacos que consideran que la Unión beneficia a su país han descendido 20 puntos en estos siete años, del 64% al 43%. La evolución británica -una vez más- sigue su propia lógica, puesto que antes del inicio de la crisis los británicos ya consideraban mayoritariamente que la pertenencia a la UE no beneficiaba a su país.

Por consiguiente, podemos concluir que no existe una correlación en todos los países entre crisis económica y descenso del "apoyo utilitario" a la Unión. Esta correlación se manifiesta, en términos generales, en Alemania, España e Italia, pero no en Francia, el Reino Unido y Polonia. De modo que deberemos buscar la respuesta en consideraciones de carácter más político que económico. Para ello nos planteamos la siguiente hipótesis: "el crecimiento del euroescepticismo es consecuencia de una crisis democrática que responde a lógicas nacionales y europeas".

El descenso del "apoyo utilitario" a la Unión, así como el descenso del "apoyo afectivo", que han generado un notable incremento del euroescepticismo responden a dos procesos distintos en los que subyace la misma lógica democrática: en Francia, el Reino Unido y Polonia son consecuencia de un cierto "malestar nacional" por la pérdida de soberanía y una creciente "desafección con la Unión Europea" previos a la crisis; en España e Italia son consecuencia de un nuevo "malestar democrático" debido a la conciencia de vivir en una "democracia intervenida" por la UE (Fernández-Albertos, 2012); y en Alemania son consecuencia de un cierto "desconcierto democrático" debido a la conciencia de que las instituciones comunitarias actúan sin mandato democrático alguno. Es decir, el incremento del euroescepticismo sólo se explica por la conjunción de crisis económica y crisis democrática, como analizaremos en el capítulo 3.

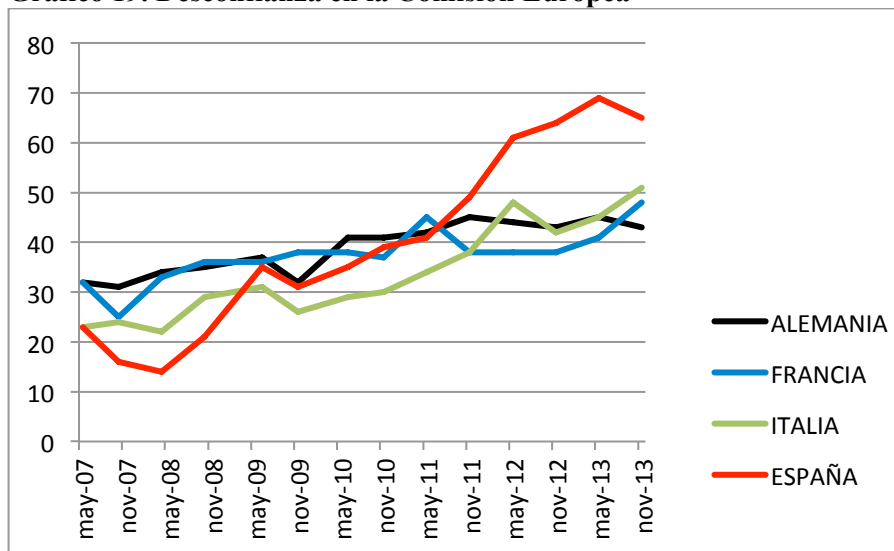
### **3. 2.3 La confianza en las instituciones europeas**

Una de las principales consecuencias de la crisis democrática es el incremento de la desconfianza en las instituciones europeas, que se produce en todos los países de la Unión analizados.

Si el año 2007, entre el 47 y el 49% de los alemanes y franceses confiaban en la Comisión Europea, así como entre el 56 y el 57% de los italianos y españoles, seis años más tarde sólo siguen confiando en ella el 38% de los franceses, el 35% de los italianos, el 34% de los alemanes y el 17% de los españoles, que registran una caída de la confianza de 40 puntos en 6 años. También se ha reducido el número de ciudadanos que tienen una opinión neutral sobre la Comisión y se ha incrementado de forma alarmante la desconfianza. A finales de 2013 un 43% de alemanes, un 48% de franceses, un 51% de italianos y un 65% de españoles decían no confiar en la Comisión Europea.



**Gráfico 19. Desconfianza en la Comisión Europea**



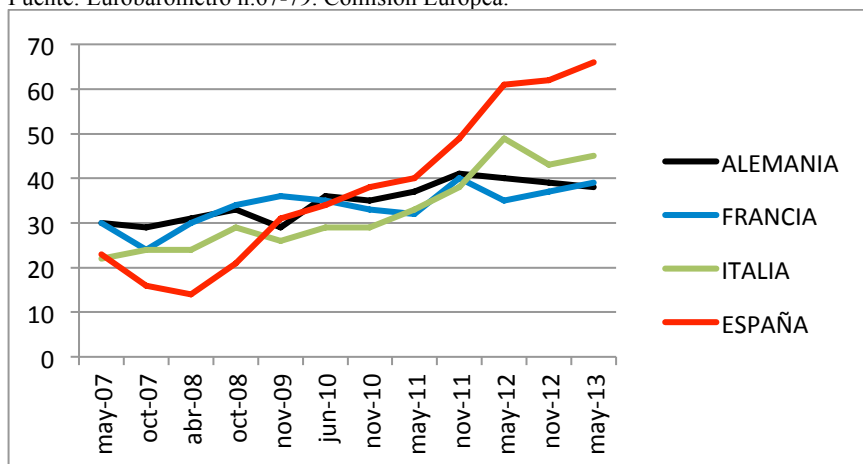
Fuente: Eurobarómetro n.67-80. Comisión Europea.

La evolución de la desconfianza ha sido progresiva en todos los países, pero el punto de inflexión en el que los ciudadanos que desconfían de la institución superan a los que confían en ella, se produjo en momentos distintos en cada país. En el caso alemán el punto de inflexión -y no retorno- se produjo en junio de 2010. En el caso francés se produjo un primer cruce en mayo de 2011 que se recuperó un año después, pero que ha vuelto a producirse en 2013. En Italia el punto de no retorno en los niveles de confianza se produjo entre noviembre de 2011 y mayo de 2012, y en caso español entre mayo y noviembre de 2010, ambos momentos coincidiendo con la "intervención europea" de noviembre de 2011 y mayo de 2010 respectivamente.

Otra institución europea que ha incrementado notablemente el descrédito entre los ciudadanos es el Consejo de la Unión Europea, probablemente también identificado por los ciudadanos con el Consejo Europeo. La confianza de los alemanes con dicha institución -que representa a los Estados miembros en las instituciones comunitarias- ha sufrido un descenso de 13 puntos -del 46 al 33%-, mientras que la confianza de los franceses ha bajado menos -del 38 al 32%- y ha experimentado oscilaciones. En ambos países el nivel de desconfianza se ha mantenido entre el 30 y el 40% durante todo el período. Pero la desconfianza de italianos y españoles ha aumentado en más de 20 puntos en el caso italiano -del 22 al 45%- y más de 40 en el caso español -del 23 al 66%.

**Gráfico 20. Desconfianza en el Consejo de la UE**

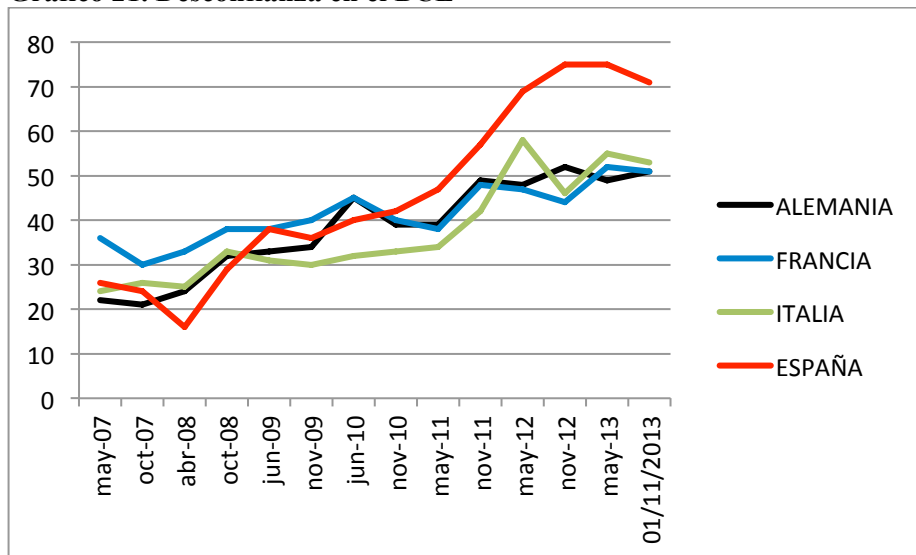
Fuente: Eurobarómetro n.67-79. Comisión Europea.



El Banco Central Europeo, como era de esperar, también ha perdido buena parte de su credibilidad a medida que ha avanzado la crisis económica y financiera y -muy especialmente- la crisis de la deuda soberana. La confianza de los alemanes se situaba en el 65% antes del inicio de la crisis -probablemente como consecuencia de la tradicional confianza en el Bundesbank. La confianza de españoles e italianos en el banco emisor se situaba entre el 52% y el 55% y la de los franceses en sólo un 40%. En junio de 2010, cuando la crisis de la deuda ya había estallado y se habían producido los primeros rescates, la confianza alemana había caído al 43% (-22 puntos), con un 45% de alemanes expresando su desconfianza hacia la institución, mientras que la desconfianza también era mayoritaria entre los franceses -con una relación de 32-45- pero aún no entre los italianos (41-32) ni entre los españoles (42-40).

El empeoramiento de la crisis en Italia y España, así como las intervenciones europeas de la primavera de 2010 y el verano-otoño de 2011, hicieron avanzar rápidamente la desconfianza en los dos grandes países del sur, hasta el punto que en mayo de 2012 alcanzaba al 58% de los italianos y al 69% de españoles. En los últimos dos años, el nivel de desconfianza de los alemanes con el banco emisor se ha consolidado en el 50%, mientras que en Francia, después del repunte de confianza de 2012, se han situado en un nivel de confianza de un 30% y un nivel de desconfianza superior al 50%.

**Gráfico 21. Desconfianza en el BCE**

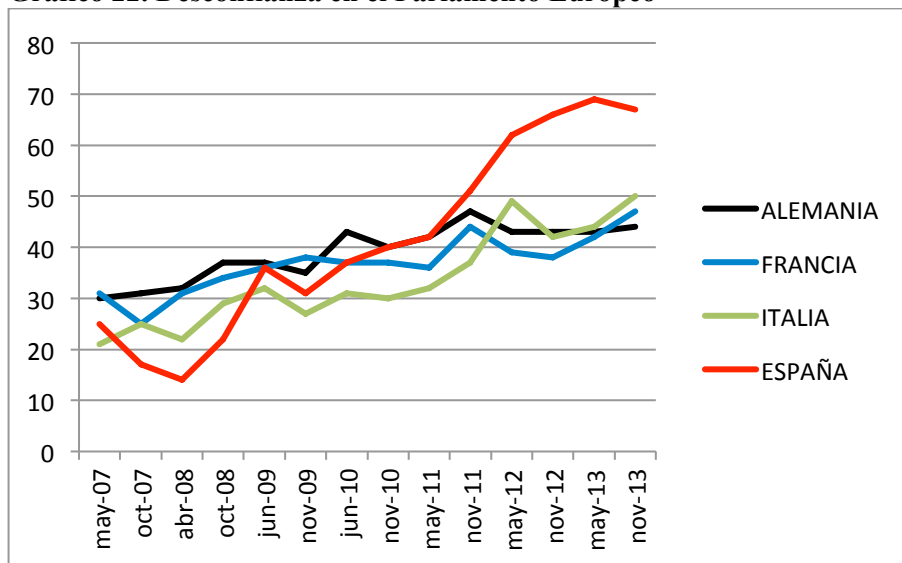


Fuente: Eurobarómetro n.67-80. Comisión Europea.

Podemos concluir, por consiguiente, que -en relación al Banco Central Europeo- los ciudadanos de los cuatro países muestran altos niveles de desconfianza, aunque ésta es especialmente elevada en España, donde la opinión negativa no ha parado de crecer, hasta mostrar los primeros síntomas de estabilización en 2013 en un nivel superior al 70%. En este sentido, las políticas aplicadas por Mario Draghi desde el verano de 2012 parecen haber parado el incremento de la desconfianza, pero en ningún caso han provocado un aumento de la confianza en la institución.

Finalmente, y en relación al Parlamento Europeo, los niveles de confianza de alemanes, franceses e italianos se han estabilizado en torno al 40% después de caer desde niveles situados entre el 54 y el 60% en 2007. Sin embargo, la desconfianza con el Parlamento Europeo es mayor en Italia y Francia -tras crecer en 2012 y 2013- que en Alemania -donde se ha estabilizado en los últimos dos años. Sólo en España la desconfianza en el Parlamento Europeo se ha incrementado en la misma proporción que el del resto de instituciones, del 25% a casi el 70%, 45 puntos en 6 años. Una vez más, la actitud de los españoles resulta mucho más negativa que la del resto, aunque también parece haberse estabilizado en 2013.

Gráfico 22. Desconfianza en el Parlamento Europeo



Fuente: Eurobarómetros n.67-80. Comisión Europea

#### 4. 2.4 La desconfianza hacia la UE: contexto europeo y causas nacionales

Una primera conclusión del análisis de las encuestas del Eurobarómetro realizadas entre 2007 y 2013, nos puede llevar a pensar que si bien la evolución de la imagen de la UE y la confianza en sus instituciones ha sido paralela en los 4 grandes países de la zona Euro, respondiendo a una misma tendencia general europea, la evolución en el apoyo a la pertenencia del propio país a la Unión -así como el balance de beneficios de pertenecer al club comunitario- parece estar relacionada con la evolución de la economía nacional, la percepción del rol del propio país en la dirección del proyecto europeo, y las consecuencias que ha tenido la actual crisis en los sistemas democráticos nacionales.

Los alemanes, por ejemplo, parecen haber recuperado su imagen positiva de la Unión y la percepción de que la pertenencia a la UE les conviene e incluso les beneficia como país a medida que su economía se ha recuperado de la recesión de 2009 y han visto reforzado el liderazgo europeo de la canciller Angela Merkel. Los alemanes empezaron a mejorar su visión de la UE a partir de finales de 2011, cuando su canciller tomó definitivamente las riendas de la nave europea, obligando al gobierno español a introducir una enmienda constitucional sobre el déficit público y provocando la caída del gobierno Berlusconi. En cambio, no han recuperado la confianza en las instituciones europeas en la misma medida. Vuelven a valorar positivamente el proyecto europeo pero siguen desconfiando de unas instituciones que no están suficientemente controladas democráticamente.

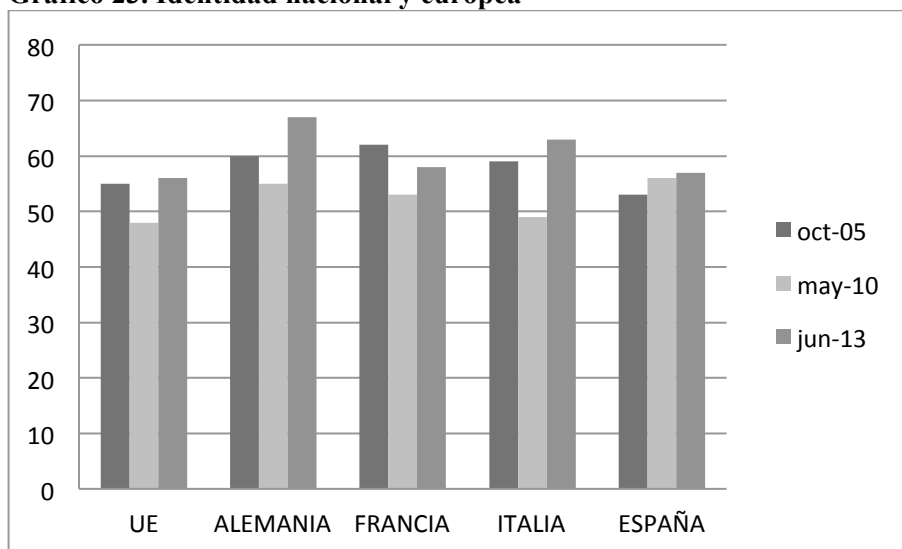
Los franceses, por su parte, parecen vincular su euroescepticismo a la percepción del rol del liderazgo europeo que ejerce su presidente y a la pérdida de soberanía nacional. Puede parecer que los franceses no estaban satisfechos con la posición subordinada del presidente Sarkozy en el tándem franco-alemán -apodado *Merkozy*- y esperaron que el nuevo presidente François Hollande -elegido con un programa de relanzamiento social-demócrata de la política económica europea- reequilibrara el eje franco-alemán en favor de Francia. Pero la percepción que este reequilibrio no se ha producido -ni probablemente se producirá- después del primer año de mandato del presidente Hollande, está comportando una profundización del euroescepticismo francés. Euroescepticismo que no sólo se refleja en las encuestas del Eurobarómetro, sino en los resultados electorales, como veremos en el último capítulo.

Por el contrario, la opinión de italianos y españoles parece evolucionar en función de si se sienten ciudadanos de sistemas democráticos nacionales que participan en la construcción del proyecto europeo, o se sienten ciudadanos de "democracias intervenidas" subordinados a las decisiones tomadas desde Bruselas o Berlín.

El incremento del euroescepticismo italiano y español parece ir muy vinculado a dos fechas muy concretas: mayo de 2010, cuando el Consejo Europeo liderado por Angela Merkel obliga al gobierno español de Rodríguez Zapatero a aceptar y tomar medidas de disminución drástica del gasto público para contener el déficit y el nivel de endeudamiento; y noviembre de 2011, cuando Angela Merkel y Nicolas Sarkozy provocan la caída del gobierno Berlusconi e impulsan la formación de un nuevo gobierno técnico encabezado por el ex-comisario europeo Mario Monti. Después de estas dos fechas, se sucederán un cambio constitucional y un rescate bancario en el caso español, y una sensación permanente de intervención europea en el caso italiano, que ha conducido a las dos ciudadanía a desconfiar enormemente de las instituciones europeas y a considerar que sus países están resultando perjudicados de su pertenencia a la Unión Europea.

Finalmente -y como elemento de contraste- resulta pertinente destacar un dato relevante sobre la evolución de la identidad europea de los ciudadanos. Según el Eurobarómetro de junio de 2013, un 56% de los europeos afirmaban verse a sí mismos "en un futuro cercano", "nacionales y europeos" o "europeos y nacionales" y nada más un 38% "sólo nacionales". Sólo tres años antes, en junio de 2010, los europeos que decían sentirse "sólo nacionales" eran el 48%. Por consiguiente, podríamos afirmar que la identidad europea se ha reforzado durante estos años de crisis económica y política, y que hoy está por encima de los niveles registrados por el Eurobarómetro del otoño de 2005, antes del estallido de la crisis económica pero en plena crisis política europea después del rechazo del Tratado Constitucional por parte de los ciudadanos franceses y holandeses.

**Gráfico 23. Identidad nacional y europea**



Fuente: Eurobarómetro. Comisión Europea

Un sentimiento europeo que ha evolucionado de forma paralela en los cuatro grandes países de la zona euro, aunque los alemanes destacan como los que prevén sentirse más europeos, en un porcentaje cercano al 70%, seguidos de los italianos, que superan el 60%. Franceses y españoles, en cambio, se mueven alrededor del 55%.

## 5. 2.5 La opinión pública europea según las encuestas del Pew Research Center y el Institut Français d'Opinion Publique (IFOP)

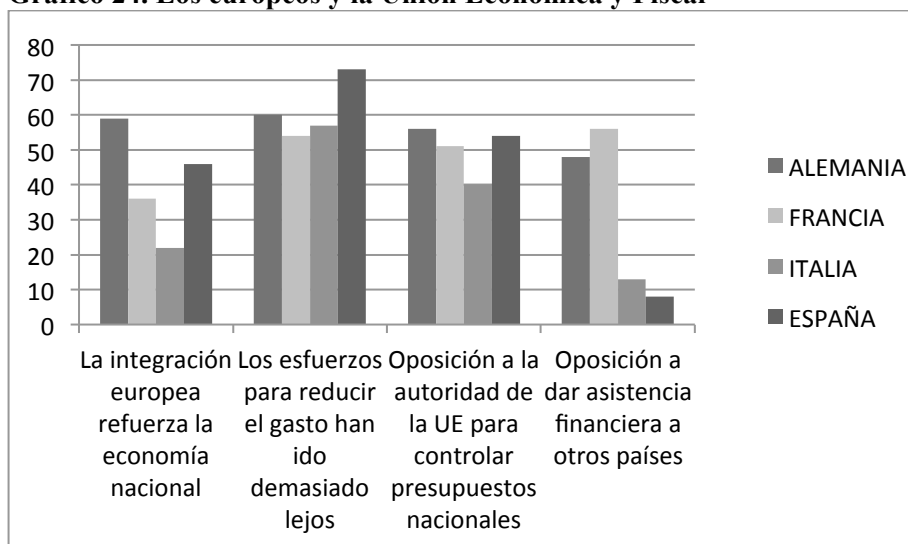
Los datos del Eurobarómetro desarrollados en las primeras secciones de este capítulo coinciden con otros estudios demoscópicos transnacionales, como los que realiza el *Pew Research Center* o el *Institut Français d'Opinion Publique*.

En el estudio del *Pew Center* publicado en mayo de 2012 (*Pew Research Center, 2012*), aún mostrándose favorables a la Unión Europea el 68% de alemanes, el 60% de franceses y españoles y el 58% de italianos, sólo los alemanes consideraban mayoritariamente que la integración europea reforzaba su economía (59%). Sin embargo, sólo pensaban así el 46% de los españoles, el 36% de los franceses y el 22% de los italianos. Al contrario, un 50% de los españoles y un 61% de los italianos y franceses consideraban que la integración europea había debilitado sus economías.

Estas consideraciones iban acompañadas de una opinión mayoritaria entre los encuestados de los cuatro países de que los esfuerzos para reducir el gasto del gobierno habían ido demasiado lejos (54% de franceses, 57% de italianos, 60% de alemanes y 73% de españoles). Estos mismos ciudadanos se oponían a que la UE tuviera más autoridad para controlar los presupuestos nacionales (51% de franceses, 54% de españoles y 56% de alemanes). En este caso, sólo los italianos se mostraban más comprensivos con el control europeo de las cuentas nacionales, aunque la oposición al control se elevaba al 40%.

En cambio, españoles e italianos sí se mostraban favorables a que su gobierno prestara asistencia a otros países (sólo un 8% de españoles y un 13% de italianos se oponían a ello), mientras que franceses y alemanes se manifestaban en contra, aunque curiosamente más los franceses (56%) que los alemanes (48%).

**Gráfico 24. Los europeos y la Unión Económica y Fiscal**



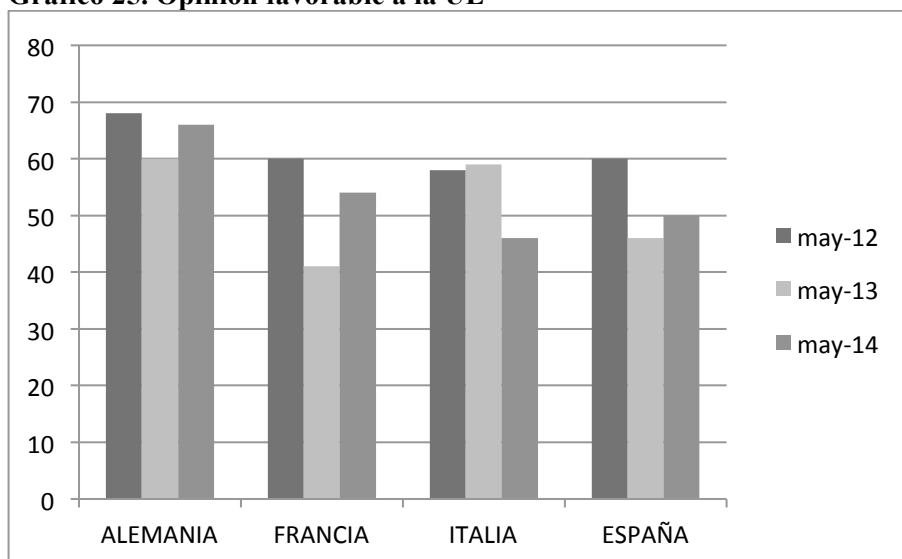
Fuente: *Pew Research Center* (2012)

En el mismo estudio también se pone en evidencia que la opinión pública alemana se muestra notablemente más positiva que la europea en relación con la economía y la marcha de su gobierno: un 73% consideraba que la economía iba bien y un 53% estaban satisfechos con la dirección del país.

La encuesta del mismo centro de mayo de 2013 seguía profundizando en esta tendencia. Bajo el título "*The New Sick Man of Europe: the European Union*" (*Pew Research Center*, 2013), muestra el empeoramiento de la opinión pública europea en sólo un año. Según la encuesta, la opinión favorable a la UE había caído 8 puntos en Alemania, 14 puntos en España y 19 puntos en Francia. Sólo Italia se mantenía estable alrededor del 58-59%. A pesar del descenso, el apoyo de los alemanes se situaba aún en el 60%, mientras que el francés y el español caía por debajo el 50%, en el 41 y el 46% respectivamente. Unos porcentajes similares a los registrados por el Eurobarómetro. A la pregunta de si la integración económica reforzaba la economía nacional, el porcentaje de franceses bajaba 14 puntos, 11 los italianos y 9 los españoles, hasta situarse en el 22, 11 y 37% respectivamente, con opiniones mucho más negativas en Italia y Francia que en España. Alemania, una vez más, se mantenía en la "zona de confort" del 60%.

En 2014, en cambio, la encuesta detectaba una mejora en la opinión favorable a la UE entre los ciudadanos franceses, alemanes y españoles, e incluso entre los británicos (*Pew Research Center*, 2014). Según el instituto de opinión estadounidense, la opinión favorable de los franceses se había recuperado 13 puntos, hasta el 54%, mientras que la opinión favorable de los alemanes lo había hecho en 6 puntos, hasta el 66%, y la opinión española favorable volvía a situarse en el 50%. Porcentajes inferiores a los detectados en la primavera de 2012 pero claramente mejores que en 2013. Con una única excepción: Italia, el único país que había mantenido inalterada su opinión favorable a la Unión en 2013, ha visto como empeoraba notablemente la opinión de sus ciudadanos en relación a la UE. Incluso en el Reino Unido, la opinión favorable ha aumentado nueve puntos, hasta situarse por encima del 50%. Unos datos que no coinciden con los movimientos de la opinión pública detectados por el Eurobarómetro ni tampoco parece guardar relación con los resultados de las elecciones europeas de mayo de 2014, especialmente en Francia y el Reino Unido.

**Gráfico 25. Opinión favorable a la UE**

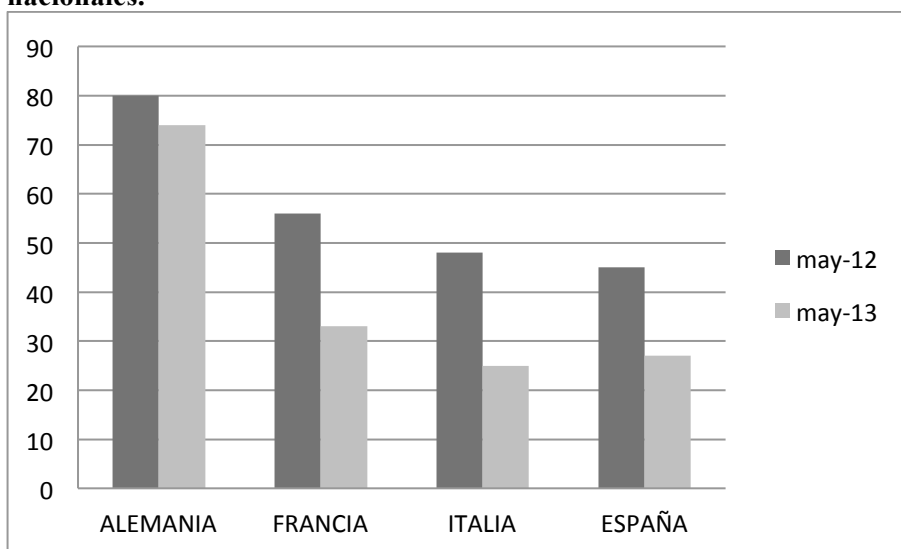


Fuente: *Pew Research Center* (2012; 2013; 2014)

Si comparamos la opinión pública francesa y alemana derivada de la encuesta podemos encontrar diferencias casi radicales. En un año, de la primavera de 2012 a la primavera de 2013, los franceses desfavorables a la UE aumentaron del 40 al 58%, convirtiéndose en mayoritarios, mientras en Alemania se mantenían estables, alrededor de un tercio. Y los franceses que consideraban que la integración económica debilitaba la economía nacional aumentaron 14 puntos, hasta el 77%, mientras que un 43% de alemanes pensaban lo mismo. A pesar que en 2014 la opinión francesa se ha moderado y 'solo' un 46% se muestra desfavorable a la Unión, el 73% sigue considerando que la integración económica debilita la economía nacional.

La explicación, como apuntábamos anteriormente, parece claramente relacionada con la distinta percepción de la situación económica y del liderazgo de su presidente o canciller, muy vinculada a la pérdida de soberanía nacional. Mientras que en 2013 sólo una cuarta parte de los alemanes consideraban que la situación económica era mala y que la canciller Angela Merkel no estaba gestionando bien la crisis, el 90% de los franceses pensaban que la economía iba mal, diez puntos más que en 2012, y un 67% consideraba que el presidente Hollande estaba gestionando mal la crisis, 24 puntos más que el año anterior, al final del mandato de Nicolas Sarkozy.

**Gráfico 27. Valoración positiva de la gestión de la crisis por parte de los líderes nacionales.**

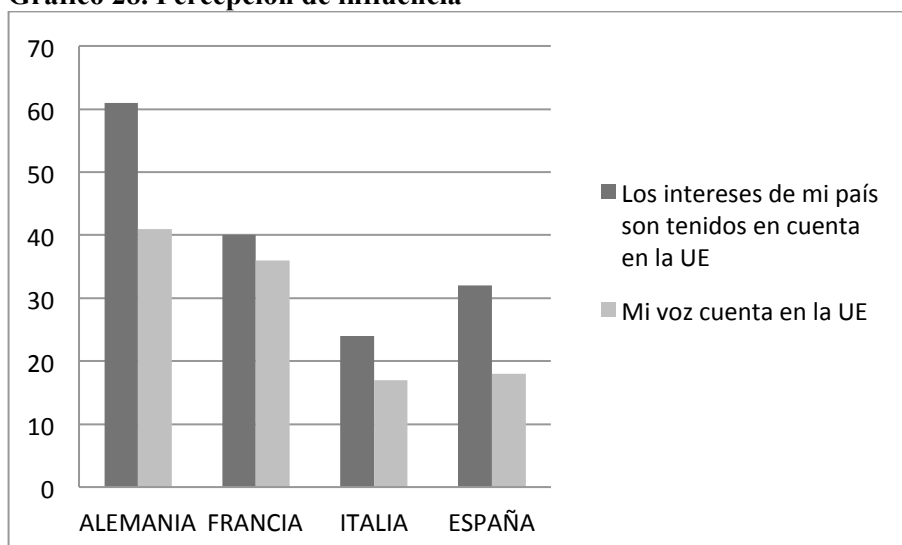


Fuente: *Pew Research Center* (2012; 2013)

En este sentido, la decepción con los respectivos líderes políticos era general en Europa. No sólo el porcentaje de franceses que consideraba que su presidente estaba gestionando bien la crisis había caído 23 puntos, hasta el 33%, sino que los italianos que valoraban positivamente su primer ministro bajó también del 48 al 25% en un año -tras las elecciones de febrero de 2013 que condujeron a un gobierno de gran coalición encabezado por Enrico Letta- y el número de españoles que consideraba que el presidente Rajoy estaba gestionando bien la situación también disminuyó hasta el 27%, con un descenso de 14 puntos en un año.

Esta evolución avanzó en paralelo a la percepción del peso de la propia voz y de la voz de sus respectivos países en Europa. Según los datos del Eurobarómetro 80, de otoño de 2013, más de un 60% de alemanes consideraban que los intereses de su país eran tenidos en cuenta en la Unión Europea y un 41% consideraba que su propia voz, como ciudadano, también contaba. Unos resultados que se han mantenido relativamente estables durante los últimos años.

En cambio, la percepción francesa de que los intereses de su país cuentan había caído 10 puntos entre otoño de 2012 y otoño de 2013, hasta el 40% y la percepción de que su voz cuenta se sitúa en el 36%. En el caso de Italia, sólo un 24% considera que los intereses de su país son tenidos en cuenta, seis puntos menos que en España, aunque en ambos países la percepción de influencia personal es inferior al 20%. En cualquier caso, la diferencia de percepción de influencia del propio país sitúa hoy a los franceses mucho más cerca de España que de Alemania.

**Gráfico 28. Percepción de influencia**

Fuente: Eurobarómetro 80. Comisión Europea.

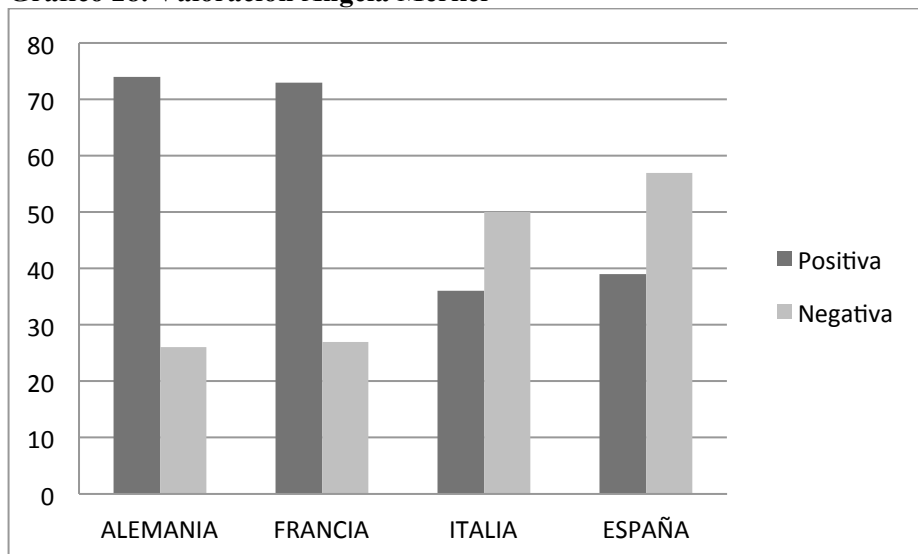
Estos datos sobre la percepción de la influencia del propio país parecen ir de la mano de la conciencia de responsabilidad del país para con la Unión Europea. Ante la pregunta de la encuesta del *Pew Center* de 2013 sobre si el gobierno nacional debería prestar asistencia financiera a otros países miembros con graves problemas financieros, un 60% de los franceses responde negativamente, 4 puntos más que el año anterior, mientras que sólo un 45% de alemanes se muestran en contra -tres puntos menos que el año anterior- y el 52% se muestran favorables al apoyo financiero. Podría parecer que la opinión pública alemana va tomando conciencia de sus responsabilidades europeas, mientras la opinión pública francesa se cierra progresivamente en defensa de sus intereses nacionales y buscando una "salida francesa" a la crisis.

Pero si nos fijamos en el porcentaje de ciudadanos dispuestos a transferir más poder de decisión a las instituciones europeas para gestionar los problemas económicos europeos, observaremos que sólo los españoles se muestran mayoritariamente favorables en 2014 (53-43). En cambio los franceses se muestran claramente en contra (45-55), y los italianos han registrado un cambio de opinión muy notable en sólo un año, así como los alemanes. Si en 2013 los italianos se inclinaban por transferir más poder económico a la UE (49-39) ahora se oponen mayoritariamente (38-50), así como los alemanes (47-50), que han incrementado su oposición en seis puntos, muy probablemente como consecuencia de la irrupción en el debate público alemán de partido anti-Euro *Alternative für Deutschland*.

Pero a pesar de ello, aparece una notable paradoja: según la encuesta del *Pew Center* de 2013, franceses, italianos y españoles consideraban que la canciller Angela Merkel estaba gestionando mejor la crisis económica europea que sus respectivos líderes nacionales. En Francia, el 73% de los franceses consideraba que la canciller Angela Merkel estaba gestionando bien la crisis económica europea, 40 puntos más que la valoración que merecía el presidente François Hollande. En España e Italia, a pesar de estar mejor considerada que los respectivos jefes de gobierno, el apoyo a la canciller era mucho menor que en Francia y, en ningún caso, mayoritario: el 39% de los españoles y el 36% de los italianos valoraban positivamente su tarea pero un 57% de los españoles y un 50% de los italianos la valoraban negativamente. Un porcentaje que llegaba al 88% en el caso de los griegos.



**Gráfico 28. Valoración Angela Merkel**



Fuente: *Pew Research Center* (2013)

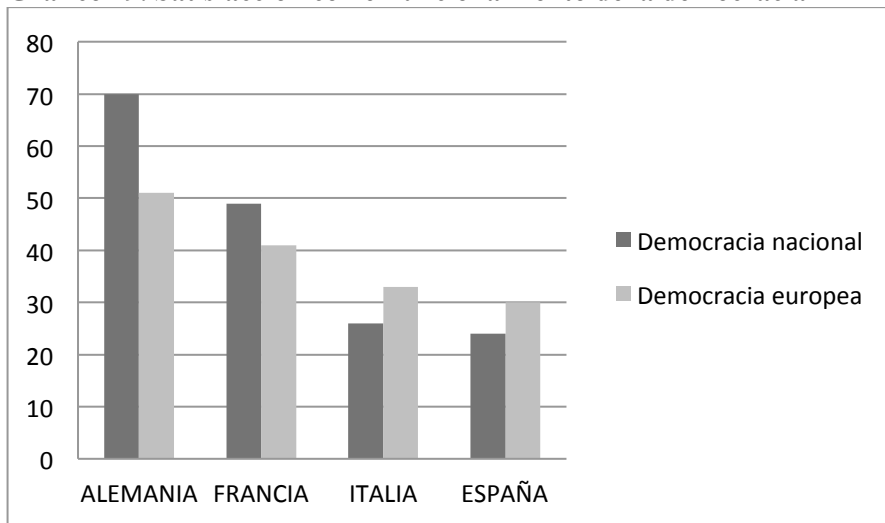
Tras analizar estos datos no resulta extraño que el propio estudio -así como otros analistas como Lluís Orriols y Sonia Alonso- estén alertando de una fractura de la opinión pública europea entre el norte y el sur, el centro y la periferia, o la Europa germánica y la Europa latina. Orriols (2013), por ejemplo, afirma que -si bien es cierto que el apoyo a la integración europea ha bajado en todo el continente- se está produciendo un divorcio ideológico entre el centro y la periferia desde el inicio de la crisis económica. Así como en España, Italia, Portugal y Grecia la mayoría ideológica se está moviendo hacia posiciones más favorables a la intervención del Estado en la economía -a la vez que retrocede el apoyo a la UE- en los países del norte se estaría produciendo un fenómeno inverso: crecen las posiciones más favorables al mercado y el apoyo a la UE no retrocede tan significativamente.

Alonso (2013), por su parte, afirma que se está produciendo una fractura democrática entre los estados del norte de la zona euro (Alemania, Austria, Países Bajos y Finlandia) y los del sur (Italia, España, Portugal, Grecia y Chipre). En el norte, la confianza en el gobierno y las instituciones democráticas se ha mantenido relativamente estable -a pesar de haber sufrido un ligero descenso desde el inicio de la crisis- pero en el sur la confianza ha caído en picado, hasta niveles de satisfacción con la democracia inferiores al 30%, y unos niveles de confianza en el gobierno inferiores al 20%. Como consecuencia, la diferencia en las percepciones de los ciudadanos del norte y del sur de Europa ha crecido más de 20 puntos desde el inicio de la crisis.

Esta comparación, sin embargo, no incluye a Francia. Pero si comparamos la satisfacción con la democracia en Alemania, Francia, Italia y España, veremos como Francia se ha acercado progresivamente al conjunto de la Europa latina, y se ha distanciado de Alemania. Según el Eurobarómetro 80 el nivel de satisfacción de los franceses con la democracia a nivel europeo había bajado hasta el 40%, un nivel tan alejado del alemán (51%) como del español (29%). El nivel de satisfacción con el funcionamiento de la democracia a nivel nacional en Francia se ha situado en 2013 por primera vez por debajo del 50%, 20 puntos menos que en Alemania pero 25 puntos más que en España.

En este contexto, la opinión pública francesa es la que puede decantar, más que ninguna otra, la situación política de la Unión Europea. Francia siempre ha actuado de motor o freno de la construcción europea. Y en estos momentos en que Alemania está ejerciendo como único motor de integración, es probable que Francia ejerza de freno.

**Gráfico 29. Satisfacción con el funcionamiento de la democracia**

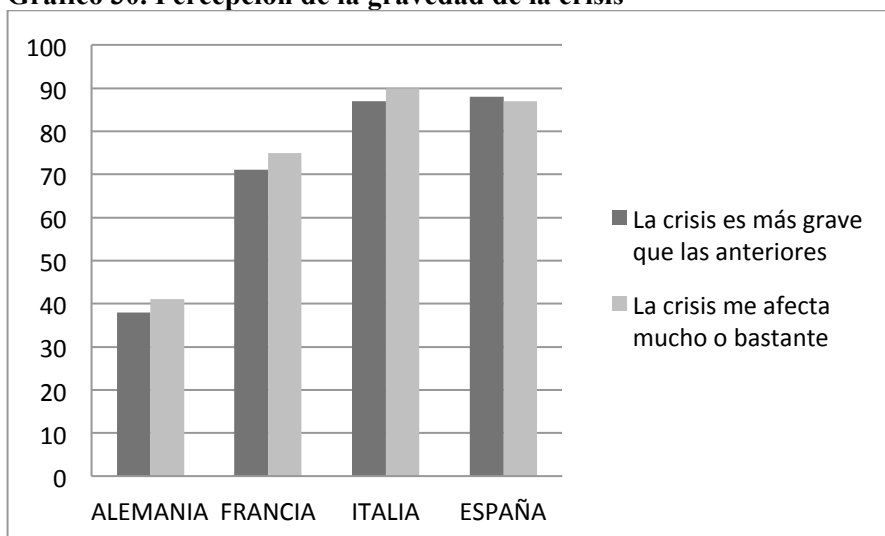


Fuente: Eurobarómetro 80. Comisión Europea.

Las diferencias entre las opiniones públicas alemana y francesa -y de toda la Europa latina- se han manifestado también en los estudios demoscópicos publicados los últimos dos años por el Instituto Francés de Opinión Pública (IFOP). La primavera de 2012 (IFOP, 2012), sólo un 38% de los alemanes consideraban que la actual crisis era más grave que las anteriores. Un 30% consideraban que no era ni más ni menos grave que otras, y un 32% pensaba que era menos grave, recordando seguramente la crisis de la segunda mitad de los años 90 que causó estragos en la economía alemana y su mercado de trabajo. Por el contrario, una inmensa mayoría de españoles (88%), italianos (87%) y franceses (71%) consideraban que esta crisis es más grave que las anteriores.

Una percepción probablemente muy vinculada a la afectación personal de la crisis. Un 90% de italianos, un 87% de españoles y un 75% de franceses afirmaban en la misma encuesta que la crisis les afectaba "mucho" o "bastante". Por el contrario, sólo un 41% de los alemanes afirmaba lo mismo, mientras que un 59% manifestaban que la crisis les afectaba "poco" o "nada".

**Gráfico 30. Percepción de la gravedad de la crisis**



Fuente: IFOP (2012)

En cambio, en relación a la profundización de la integración económica europea, la encuesta del IFOP (2012) establecía una divisoria distinta: españoles (67%) e italianos (70%) apostaban por

una "integración europea reforzada con una política económica y presupuestaria única" y, en cambio, franceses y alemanes se dividían al 50% entre los que apostaban por la integración y los que defendían "menos integración europea y políticas económicas y presupuestarias propias de cada Estado". Esta misma divisoria se volvía a producir al preguntar sobre la "mutualización de una parte de la deuda de los distintos estados miembros de la UE para reforzar la solidaridad europea". El 81-82% de italianos y españoles se mostraban favorables pero sólo un 53% de franceses y un 41% de alemanes estaban de acuerdo con la mutualización de la deuda.

Un año después, en septiembre de 2013, en una nueva encuesta de IFOP (IFOP, 2013) las opiniones seguían unos parámetros muy similares, pero la percepción de la gravedad de la crisis había empeorado en Francia y se había mantenido estable -dentro de la gravedad- en España e Italia, aunque se podía percibir una leve mejoría de las percepciones en el caso español. La percepción sobre la afectación personal de la crisis también había aumentado en el caso francés mientras que se mantenía estable en Alemania, Italia y España.

Sin embargo, en la encuesta de IFOP de 2013 aparecía una novedad en relación con la moneda única. Ante la pregunta de si desearía que su país abandonara el Euro y volviera a su antigua moneda nacional, un 43% de los alemanes respondía afirmativamente, mientras el 57% seguía prefiriendo continuar con el Euro. Aunque los alemanes eran los más escépticos con la moneda única, cabe destacar que un 38% de los españoles, un 35% de los italianos y un 33% de los franceses también desearían volver a la antigua moneda nacional. Unos porcentajes superiores a los registrados en 2012. Estos resultados difieren parcialmente de los registrados por la encuesta de 2013 del *Pew Center*, en la que el apoyo al Euro se mantenía ligeramente más fuerte -alrededor de los dos tercios- aunque alrededor de un tercio también prefería volver a la moneda nacional.

Estos resultados podrían llevarnos a la paradójica conclusión de Liddle y Cramme (2012): "los europeos quieren mantener el Euro pero no parecen querer pagar el precio financiero y político para hacerlo". Sólo una minoría -aunque notable- querría volver a la moneda nacional, pero una mayoría sustancial no quiere dar más poder a las instituciones comunitarias para regular las economías nacionales y controlar su gasto público. Sólo en el caso de la asistencia financiera y los Eurobonos, los ciudadanos de los países más afectados por la crisis se muestran más favorables a ellos, aunque sin transferir soberanía.

Parece como si las opiniones públicas del sur quisieran volver a los "buenos tiempos" en los que recibían apoyo económico de la UE -a través de los fondos estructurales y de cohesión- sin tener que transferir soberanía económica ni ser controlados por la Comisión Europea. Por el contrario, las opiniones públicas del norte se comportan como "*tax-payers*" que quieren "*their money back*". Pero ni los unos ni los otros están dispuestos a transferir más soberanía y capacidad de control a las instituciones europeas, manifestando una nueva paradoja: todos quieren los beneficios que puede comportar la Unión pero ninguno de ellos parece dispuesto a asumir los costes que conlleva.

En este contexto, los actores políticos no se atreven a plantear nuevos cambios institucionales y son pocos los que utilizan el discurso del interés mutuo para defender reformas en profundidad que conllevarían una masiva transferencia de soberanía y de poder a las instituciones comunitarias. Este es el auténtico dilema europeo. Un dilema esencialmente democrático, que está relacionado con la soberanía y el poder.

## 5. 3. Crisis económica y crisis democrática

### 1. 3.1 Democracia europea y soberanía nacional

Los datos que hemos analizado en los dos primeros capítulos nos muestran hasta qué punto ha crecido el euroescepticismo de los europeos en relación al proceso de construcción europea y la desconfianza en las instituciones comunitarias como instrumentos para resolver los problemas comunes. Sin embargo, resulta difícil de saber cómo se articulará políticamente este creciente euroescepticismo, y si lo hará de forma distinta en cada país de la Unión.

Hoy por hoy, no parece que los euroescépticos más duros, también llamados eurófobos, puedan representar una parte significativa del electorado europeo, aunque se haya consolidado en determinados países, tan distintos como el Reino Unido, Francia, o Hungría, y que investigaciones recientes (Lubbers et alii, 2013) han demostrado una correlación positiva entre el aumento del euroescepticismo y el crecimiento electoral de la extrema derecha.

A pesar de que las posiciones eurófobas sólo son significativas en unos pocos países, sí que se está produciendo un movimiento de euroescepticismo "soft" entre una mayoría de los ciudadanos europeos, como hemos podido demostrar en los capítulos anteriores, que sí podría encontrar respuesta electoral en fuerzas políticas euroescépticas y euro-críticas que, sin cuestionar la existencia de la UE, sí que cuestionan algunos de los ejes principales de la construcción europea, como el Euro. El caso del nuevo partido alemán anti-Euro "*Alternative für Deutschland*" es quizá el caso más paradigmático en este sentido, que se podría ampliar a fuerzas políticas más tradicionales que han ido abrazando progresivamente la causa de los euroescépticos, como el Partido Conservador británico.

Como apunta Krouwel (2013). "hay tres tipos de votante anti-UE: los soberanistas nacionales, los anti-liberales y los votantes de protesta". Son tres votantes muy distintos, pero la conjunción entre los eurófobos de la derecha populista, los conservadores euro-escépticos y la izquierda euro-crítica, puede llegar a representar una parte importante de la población decepcionada con el curso actual de la política -y las políticas- europeas, y con la progresiva intervención de las instituciones europeas en las decisiones de políticas económica nacional. Es la conjunción de estos tres tipos de votante anti-UE los que han provocado un terremoto político en las elecciones europeas de 2014, que analizaremos en el próximo capítulo.

En este amplio espacio no sólo encontramos fuerzas políticas de derechas más o menos populistas, sino fuerzas políticas de izquierda crítica -también más o menos populistas según los casos- y muy críticas con la orientación general de la construcción europea, como *Die Linke* en Alemania, el *Front de Gauche* en Francia, o *Syriza* en Grecia.

Estos movimientos, a pesar de estar en las antípodas ideológicas de los movimientos populistas de derechas, no debemos olvidar que en algunos países comparten espacios electorales. Este es el caso del *Front de Gauche* y el *Front National* en determinadas regiones y barrios de las grandes ciudades francesas, y de *Die Linke* con *Alternative für Deutschland*, puesto que gran parte de su crecimiento en los *länder* orientales proviene de antiguos votantes de *Die Linke*. Comentario aparte merece el *Movimiento 5 Stelle* en Italia, de marcado carácter anti-político y que está evolucionando hacia actitudes poco democráticas.

En cualquier caso, estos movimientos de izquierda crítica que han construido un discurso contra la Europa del capital y que pide más proteccionismo -o incluso el retorno a las monedas nacionales, vinculando este retorno al impago de la deuda soberana, considerada injusta e inmoral- podrían capitalizar una parte del descontento de la población con las políticas económicas y sociales desarrolladas o impulsadas desde las instituciones europeas. Y por ello es significativo que la izquierda crítica europea haya decidido dar el paso de presentar un

candidato común a la presidencia de la Comisión. Haciéndolo, se ha alejado del discurso populista crítico con el proyecto de la UE para apostar por un discurso transformador de las políticas europeas.

La crisis actual también ha tenido otro efecto: han aparecido nuevos problemas de gestión macroeconómica y los ciudadanos han sido conscientes que estos nuevos problemas sólo pueden resolverse a nivel transnacional, a través de las instituciones europeas y de los organismos de cooperación multilaterales entre las principales economías del mundo. En consecuencia, los ciudadanos y la opinión pública han generado nuevas demandas a los gobiernos y a las instituciones europeas, que hasta el momento no parecen ser respondidas positivamente.

En este sentido, la politóloga norteamericana Pippa Norris (2012) sugiere que el "déficit democrático" en la Europa de hoy es el resultado de la combinación de tres elementos: "las expectativas crecientes de la ciudadanía, las noticias negativas de los medios de comunicación, y el fallo en la respuesta de los gobiernos (*failing government performance*)".

Por consiguiente, el actual crecimiento del euroescepticismo y de la desconfianza con las instituciones europeas que hemos analizado en los capítulos anteriores nos permite afirmar que nos enfrentamos a una crisis que puede ser explicada desde las tres perspectivas que hemos apuntado en el primer capítulo.

Hoy los europeos han perdido la confianza en la Unión Europea porque no se sienten representados (*input legitimacy failure*) y porque consideran que las instituciones de la UE no están resolviendo sus problemas (*output legitimacy failure*). Pero quizá lo peor es que no saben cómo salir de esta situación porque no tienen la percepción de pertenecer a un *demos* europeo, a una comunidad política capaz de transformar la situación social y económica, y por ello buscan las respuestas en el ámbito nacional y apoyan a fuerzas políticas más o menos nacionalistas que defienden respuestas políticas exclusivamente nacionales para hacer frente a la crisis.

Si la Unión Europea estuviera resolviendo positivamente la crisis económica y financiera, esta capacidad resolutoria incrementaría su "legitimidad por resultados", que a su vez serviría para cubrir el déficit de "legitimidad de elección" de las instituciones europeas, o incluso para crear un espacio de legitimación que permitiría elegir democráticamente *a posteriori* aquél que previamente se habría ganado la legitimidad y la confianza entre los europeos resolviendo positivamente sus problemas económicos, a pesar de no haber sido elegido de forma democrática. Pero sin ese "espacio de legitimación" por resultados parece muy difícil -aunque no imposible- avanzar en la democratización de la Unión.

Al contrario, la creciente opinión pública negativa en relación con la Unión Europea ha paralizado cualquier nueva reforma de los tratados europeos que comportara una ratificación ciudadana. Así, la principal reforma económica y fiscal de los últimos años se ha realizado a través de un tratado *ad-hoc*, el "Tratado de Estabilidad, Coordinación y Gobernanza de la Unión Económica y Monetaria", más conocido como "*Fiscal Compact*", firmado en marzo de 2012 y en vigor desde enero de 2013. El Tratado por el cual se establecen nuevos límites de déficit y endeudamiento y el control regular de las finanzas nacionales por parte de las instituciones comunitarias, no sólo no ha estado sometido a ratificación popular sino que prácticamente no ha generado debate político en la mayoría de los países firmantes (todos los miembros de la UE excepto el Reino Unido y la República Checa).

La cesión de soberanía a las instituciones comunitarias no fue objeto de debate ni en las elecciones españolas de noviembre de 2011, ni en las elecciones presidenciales francesas de la primavera de 2012, ni en las elecciones parlamentarias italianas y alemanas de febrero y septiembre de 2013. En Italia y en España porque los partidos políticos y la opinión pública juzgan como inevitable la mayor intervención europea en la política económica nacional, y en

Francia y Alemania para evitar que el debate sobre la cesión de soberanía incrementara el apoyo popular a opciones euroescépticas o eurófobas. Sin embargo, estas opciones han terminado irrumpiendo en el paisaje político tras las elecciones europeas, como veremos en el próximo capítulo, evidenciando no sólo la crisis del europeísmo político sino una profunda crisis democrática a nivel nacional.

Esta doble crisis, que emana de una demanda conflictiva de más democracia europea y más soberanía nacional puede hacer estallar el equilibrio político europeo. Probablemente, la única manera de reconciliar estas demandas contradictorias de más democracia y más soberanía popular, sería avanzar no sólo en la democratización de las instituciones europeas sino en su "politización", abriendo el camino al conflicto entre posiciones políticas muy distintas que puedan expresarse abiertamente en unas elecciones democráticas, para que los ciudadanos puedan demostrar sus preferencias. Un posible camino, con importantes consecuencias de todo orden, que se ha ensayado en las elecciones de 2014.

## 2. 3.2 El trilema de Rodrik aplicado a la Unión Europea

La politización y democratización de las instituciones europeas conllevaría importantes modificaciones en la tradicional concepción de "soberanía nacional" no sólo desde un punto de vista legal, sino desde el punto de vista de la percepción ciudadana, un elemento poco estudiado. Para el ciudadano medio europeo, la "soberanía nacional" es un concepto etéreo pero arraigado. Por ello antes de dar el paso hacia la "politización" de las instituciones europeas, deberíamos asumir las consecuencias de la aplicación del "trilema político de la economía mundial" del economista norteamericano Dani Rodrik a la construcción europea.

Rodrik (2007) considera que el proceso de la globalización económica provoca un *trilema* en todas las sociedades del mundo, entre "democracia, estado-nación e integración de mercados". Como consecuencia de este proceso, en el contexto actual no se puede mantener un sistema democrático en el marco del Estado-nación y -a su vez- integrarse plenamente en los mercados internacionales. Hay que elegir entre dos de los tres elementos.

China, por ejemplo, ha elegido un sistema basado en la soberanía del Estado-nación y la integración de mercados. Por el contrario, Estados Unidos parece apostar por un equilibrio inestable entre los tres, pero siendo muy conscientes que pueden terminar renunciando a la integración de mercados si quieren continuar preservando el sistema democrático y la soberanía nacional. Los cambios estratégicos para garantizar la autosuficiencia energética y los movimientos en el Congreso para limitar el endeudamiento exterior de la administración estadounidense, pero también para promover una nueva industrialización aparejada con un nuevo proteccionismo, van en ese sentido.

En el seno de la Unión Europea también se produce este "trilema". De este modo, si queremos mantener un sistema democrático a la vez que profundizamos en la integración de mercados a nivel europeo, tendremos que renunciar necesariamente a parte de la soberanía nacional. Si no queremos renunciar a ella, tendremos que renunciar a la integración de mercados -es decir al mercado único de bienes y servicios, a través de un nuevo proteccionismo nacional- para preservar la democracia en el estado-nación; o a la democracia para mantener un sistema de estados-nación que apuesten por la progresiva integración de los mercados europeos. Este último podría ser el modelo hacia el que nos dirigimos, aunque no sea de forma explícita, puesto que se está vaciando de contenido la democracia nacional sin dotar de contenido la democracia europea, con el objetivo de mantener la integración de mercados decidida por los Estados-nación.

Sin embargo, si consideramos que el sistema democrático en Europa está demasiado consolidado como para diluirse en unas circunstancias como las actuales, parece evidente que o avanzamos hacia la democratización de la Unión Europea superando los marcos nacionales, o

nos dirigimos hacia la ruptura de la Unión para intentar mantener los sistemas de democracia nacional.

Pero superar los marcos nacionales implica no sólo que los Estados miembros cedan mayor soberanía a la Unión, sino que los líderes políticos nacionales reconozcan públicamente esta cesión de soberanía. Si los partidos políticos nacionales no asumen que el sistema democrático a nivel nacional ya no puede responder a las demandas y necesidades de sus ciudadanos y que es necesario avanzar hacia un sistema político europeo, los europeos no seremos capaces de resolver nuestro trilema.

La democracia europea sólo será posible si los sistemas democráticos nacionales se entrelazan en un sistema democrático europeo, convirtiendo el conjunto de los ciudadanos europeos en un nuevo *demos* titular de la soberanía compartida que se ejerce desde las instituciones comunitarias.

En la siguiente sección analizaremos en qué medida es posible que se produzca un proceso de "politización" de las instituciones europeas que pueda dotar de sentido a un eventual proceso de "democratización" y cómo este proceso se puede desarrollar a partir de un espacio público europeo que permita estructurar un debate transnacional en base a *cleverages* ideológicos sociales y económicos.

### **1. 3.3 Espacio público europeo y europeización de los espacios públicos nacionales durante la Eurocrisis**

Los analistas del sistema político europeo han destacado a menudo la imposibilidad de construir una democracia europea sin un espacio público europeo de debate y deliberación. Entre estos destacan tres aproximaciones: en primer lugar, aquellos que consideran que el desarrollo de una esfera pública europea sólo se puede producir tras la emergencia de medios de comunicación de masas de ámbito europeo (Schlesinger, 1995); en segundo lugar, encontramos los que entienden la europeización de las esferas públicas nacionales como la emergencia de una única "perspectiva europea" expresada a través de los medios de comunicación nacionales. (Kaelble, 2002; Díez Medrano, 2009). En último lugar, aquellos que miden la europeización de las esferas públicas según la visibilidad y presencia de los "temas europeos" en los medios de comunicación nacionales (Peter et al., 2003). Entre estos podemos distinguir entre los que miden la europeización en base a la presencia de los debates de las instituciones comunitarias en los espacios públicos nacionales, y los que incluyen en este proceso de europeización la presencia de informaciones de otros países europeos, en lo que se ha dado en llamar Europeización "vertical" y "horizontal".

Para valorar el grado de europeización de los espacios públicos nacionales se utilizan cuatro grandes indicadores (Risse, 2010): la visibilidad de los actores y políticas de la UE y el grado de interacción con ellas; la visibilidad de los actores o países europeos y el grado de interacción con ellos desde el ámbito nacional; la convergencia transnacional de temas y noticias; y el nivel de relevancia transnacional de dichos temas en distintos espacios públicos.

En este sentido, el proceso de europeización se refiere al proceso gradual a través del cual "Europa" aumenta su visibilidad en los espacios públicos nacionales, cuyas noticias están gradualmente sincronizadas con las noticias de otros países europeos. En este sentido, podemos valorar si la crisis europea a europeizado los debates nacionales y si, como consecuencia, los ciudadanos están hoy más bien informados sobre los asuntos europeos y las decisiones políticas y económicas que se toman a nivel europeo y que afectan directamente sus vidas.

En cambio, cuando nos referimos a la opinión de los ciudadanos sobre los asuntos europeos a menudo consideramos que los ciudadanos sufren un déficit de información y que si estuvieran

mejor informados sus niveles de apoyo al proyecto europeo crecerían. Sin embargo, los datos y la evolución histórica de los mismos nos dicen lo contrario.

A pesar de que los ciudadanos no están bien informados sobre el funcionamiento de la UE, no es menos cierto que cada vez lo están más y que el aumento de la información lejos de convertirlos en la causa europea parece que los está alejando. Por una sencilla razón: una mayor información implica que los ciudadanos entiendan mejor que las políticas europeas, como las políticas nacionales, también generan "ganadores" y "perdedores", desde un punto de vista nacional y socio-económico.

El histórico "déficit de información" sobre los asuntos europeos ha provocado que los ciudadanos vieran influidas sus actitudes en relación a la UE por actores políticos nacionales, pero la europeización de la información política y económica que se ha producido en los últimos siete años -muy especialmente en los países de la zona Euro- ha provocado que los ciudadanos se hayan formado una idea más clara sobre los grandes debates europeos y tengan hoy unas opiniones mucho más precisas sobre su grado de acuerdo o desacuerdo en relación con las políticas de la Unión Europea.

En este sentido, resulta muy ilustrativo un estudio reciente sobre la europeización de los informativos televisivos a las televisiones públicas de Alemania y Holanda entre 2008 y 2011 (Meijiers, 2013), y que se compara a la vez con un estudio previo (Peter et alii, 2003) que analizaba la europeización de los informativos televisivos en diversos países de la UE el año 2000.

La principal conclusión del estudio de Meijiers -que analiza la cantidad de noticias sobre la política y la economía europeas, su tono y enfoque, y su relieve en los informativos- es que si bien la europeización de las esferas públicas se ha incrementado a medida que la Eurocrisis avanzaba, la imagen de la Unión Europea que se da es mayoritariamente negativa, focalizada de forma predominante en los temas económicos y con una visibilidad muy baja del debate político sobre las decisiones europeas.

El estudio parecería demostrar que la Eurocrisis ha contribuido al tono negativo de las noticias relacionadas con la UE hasta convertirlo en mayoritario (más de un 50% en ambos países, menos de un 10% de positivas y alrededor de un 40% de tono neutral), en un contexto en que las noticias sobre la Unión Europea habían crecido hasta el 20% del total de noticias de los informativos. En el caso de las noticias económicas, el tono negativo llegaba al 80%.

Sin embargo, el incremento del número de noticias sobre asuntos europeos no supuso una mayor evolución, en tono positivo o negativo de las políticas europeas. Más de un 70% de las noticias se transmitían en un tono neutral y de las noticias evaluadas la mayoría lo eran en un tono crítico. Probablemente éste es el principal problema que afrontamos hoy para convertir el creciente euroescepticismo que hemos analizado en los anteriores capítulos en un elemento de transformación de la actual situación política europea.

Como han propuesto algunos autores (Risse, 2010) "la polarización y la contestación tendrían que ser vistas como precondiciones cruciales para la emergencia de una esfera pública europea" pero para hacer posible que emerja esta nueva esfera pública es necesario un proceso de "politización" de los asuntos europeos más allá de la "nacionalización" de los debates que hemos analizado en el capítulo anterior. Martin (2008) comparte esta opinión y considera que las noticias negativas pueden ser un incentivo para actuar: "*bad news about issues is good news for participation*". Siguiendo el planteamiento de estos autores podríamos considerar que la actual "europeización negativa" del espacio público europeo puede convertirse en un elemento de "politización" de la Unión Europea.

Si la emergencia de un espacio público europeo en los últimos años se ha producido en un contexto de europeización negativa del discurso público y de creciente euroescepticismo de la



opinión pública europea, ¿existía una elevada probabilidad de que la politización de los asuntos europeos se produzca también en clave negativa?

Como se pregunta Hurrelman (2012): "¿la crisis inducirá a los ciudadanos a seguir las políticas de la UE más atentamente y a implicarse en sus procesos políticos? Y si es así, ¿qué *clevages* estructurarán los debates políticos que les seguirán? ¿se profundizarán las divisiones nacionales laminando el proyecto de integración? ¿o creará la politización una identidad europea más fuerte y unos compromisos compartidos que hagan posible una nueva colaboración democrática? La politización, ¿se estructurará en base a criterios ideológicos o basándose en una lógica de "ganadores" y "perdedores" del proceso de integración europea?"

Las grandes manifestaciones contra la política de austeridad promovida por las instituciones europeas que se han producido en los países más afectados por la crisis económica, así como el crecimiento de las fuerzas políticas claramente euroescépticas o eurocríticas en las elecciones nacionales que se han producido a Francia, Italia, y Alemania entre los años 2012 y 2013, ponen de manifiesto que se está produciendo una "politización negativa" de los asuntos europeos. Y que este proceso se está produciendo tanto en Grecia como en Austria. Es decir, en el país que está sufriendo la más grande recesión que se ha producido en una economía nacional europea desde la caída del bloque soviético, y uno de los países más ricos y con una tasa de paro más baja de la Unión.

El crecimiento del euro-escepticismo en Italia y en Alemania, en Grecia y en Austria, y el incremento del apoyo a partidos políticos euro-escepticos e incluso populistas en países del norte y del sur, parecen cuestionar la tesis de la "fractura democrática" entre el norte y el sur del continente, defendida entre otros por Alonso (2013). Como hemos apuntado en el capítulo 2, el euroescepticismo está creciendo tanto en el centro como en la periferia del sistema europeo, y las razones que explican este proceso están mucho más vinculadas al proceso de "nacionalización" o de "politización nacional" de los asuntos europeos que no de su "politización transnacional".

La actual crisis está haciendo reemerger las *clevages* nacionales y territoriales, entre el Norte y el Sur, el centro u la periferia, los deudores y los acreedores, hasta el punto de que algunos autores defienden que están emergiendo dos espacios públicos distintos, en el centro y la periferia (Dobrodu y Palada, 2013). Pero no parece que esté apareciendo un debate "transnacional", genuinamente europeo, que oponga diferentes visiones de cómo conducir la política europea en una lógica adversativa (como defienden Statham i Trenz 2013). O, como mínimo, no parece estar llegando al gran público aun habiendo diferentes actores políticos y sociales -incluyendo algunos medios de comunicación de prensa tradicional- lo estén intentando.

### 3. 3.4 Crisis, europeización negativa, y movilización del voto

Tras describir la evolución de la opinión pública europea durante los últimos siete años, y analizados el contexto de creciente euroescepticismo político en el que nos encontramos -a nivel nacional y europeo- nos preguntamos: ¿se podía traducir políticamente este cambio en la opinión pública en la mayoría de países en un cambio político en la Unión Europea? Es decir, ¿se podía traducir en una politización de los asuntos europeos? Y en caso de producirse, ¿qué características podía tomar esta nueva politización?

Hasta ahora, el debate sobre los conflictos políticos o ideológicos que se podían plantear a nivel europeo había quedado en manos casi en exclusiva de la prensa escrita, que -en virtud de su formato- permite un debate de ideas y una aproximación compleja al debate político europeo (Batalla, 2013). Ahora bien, según el Eurobarómetro 79, más de un 80% de los europeos se informan a través de los informativos televisivos y menos de un 50% lo hace a través de la

prensa escrita. A pesar de ello, parecen estarse produciendo cambios significativos en la cobertura de las elecciones europeas por parte de los medios de comunicación.

Según un reciente estudio de la dirección de Medios del Parlamento Europeo (European Parliament, 2014) sobre la cobertura de las elecciones europeas en los 32 principales medios de comunicación escrita del continente, entre mayo de 2013 y enero de 2014, la cobertura de las elecciones prácticamente se había cuadruplicado, registrándose más de 200 artículos mensuales sobre las elecciones, unos niveles muy superiores a los de hace cinco años. Entre estos medios, destaca la presencia de información sobre las elecciones en los medios franceses, españoles e italianos, así como el lugar destacado que ha tenido la cobertura de la elección de los candidatos a la presidencia de la Comisión Europea. En este sentido, las elecciones europeas de mayo de 2014 podían ser una gran oportunidad para politizar y democratizar la Unión Europea. Quizás la última, como afirmaba el presidente del Parlamento Europeo, Martin Schulz, en su último libro (Schulz, 2013).

Hasta ahora, los europeos tenían pocos estímulos para ir a votar a las elecciones europeas porque no tenían la percepción que su voto cambiara nada ni sirviese para aplicar -o impedir que se aplicara- un programa político concreto, porque no pueden elegir a un ejecutivo comunitario ni utilizar su voto para "despedirlo".

En cambio, los referéndums europeos sí que habían tenido un "efecto estímulo" entre los ciudadanos europeos, que habían participado más y más activamente que a las elecciones al Parlamento Europeo, por su carácter utilitario: servían para expresar su malestar con la evolución de la Unión Europea a con determinadas políticas desarrolladas por la Unión, o incluso para mostrar su malestar con el gobierno nacional de turno. En consecuencia, la participación en estos referéndums había llegado a superar en más de veinte puntos la participación en las elecciones europeas. El ejemplo más claro se produjo el año 2005, con los referéndums francés y holandés para ratificar el "Tratado por el cual se establecía una Constitución por Europa". La participación llegó a superar el 63% en Holanda y el 69% en Francia, cuando la participación de las elecciones europeas de 2004 y 2009 osciló entre el 40% y el 43% en Francia y entre el 36 i el 39% en Holanda.

Por consiguiente, podríamos afirmar que cuando los europeos habían tenido la posibilidad de expresarse sobre la orientación de la política europea, lo habían hecho con un nivel notable de participación, y con elevados niveles de debate público sobre los asuntos europeos, porque la celebración de los referéndums ha obligado a las élites políticas a debatir públicamente sobre política europea y a explicar a los ciudadanos las complejidades del funcionamiento de las instituciones europeas y la orientación de sus políticas públicas. Los referéndums de ratificación de los tratados europeos demostraron que la "politización" es posible.

Ahora bien, la "politización" a través de los referéndums sólo posibilita el rechazo o la aceptación de un conjunto de reformas políticas sometidas a referéndum pero no permite que los ciudadanos expresen sus preferencias concretas en relación a la orientación de las políticas públicas europeas. No pueden, por tanto, expresar su opinión sobre la orientación de la política económica y social, que es -hoy por hoy- la principal preocupación de los europeos. Ni tampoco pueden culpar a nadie, a nivel europeo, por la grave situación de crisis económica. Como señala Sara Bolt (2013) los ciudadanos atribuyen la responsabilidad de la situación a la Unión Europea pero no tienen mecanismos para "responsabilizar" y "culpabilizar" a ningún gobierno europeo. En palabras de Bertrand Russell, "*Democracy is the process by which people choose the man who'll get the blame*". Pero los ciudadanos europeos, hoy, no pueden culpar a nadie en concreto por la gestión de la crisis, puesto que no eligieron a ningún gobierno europeo, y por ello parecen culpar a Europa, al proyecto en su conjunto. Y es esta proyección de la culpa en la Unión Europea la que está socavando la confianza de los ciudadanos en las instituciones europeas, como hemos analizado en los capítulos anteriores, y la que podía comportar un gran aumento de las fuerzas políticas eurófobas y euroescépticas en las próximas elecciones europeas, quizás de la mano de un incremento de la participación electoral.

Algunos autores como Herman Schmidt (2013), consideraban que las elecciones europeas de 2014 podían ser las primeras elecciones europeas que se convirtieran en elecciones de primer nivel. Las elecciones de segundo nivel se caracterizan por una participación electoral muy menor, puesto que los electores perciben que hay menos en juego; pérdida de voto de los partidos en el gobierno; y ascenso de los partidos pequeños y de las fuerzas políticas más radicales. Y esas características -en su opinión- definen cada vez más las elecciones nacionales debido a la pérdida de poder y de soberanía de los gobiernos nacionales. De modo que Schmidt se preguntaba si la actual crisis -que ha europeizado el debate político, como hemos analizado en el capítulo anterior- podía convertir las elecciones europeas en elecciones de primer orden, al menos en algunos países de la Unión.

Otros autores, como Laura Morales (2013), consideraban que la situación actual de profunda crisis económica y crisis de empleo en muchos países de la Unión podían generar una expectativa de crecimiento de la participación, a la luz del análisis de los datos electorales de crisis económicas y de empleo precedentes. De modo que en las próximas elecciones podíamos esperar un aumento de la participación en los países donde se produce una combinación de crisis económica y crisis de empleo, como es el caso de España, y un nivel similar de participación a las anteriores elecciones en aquellos países que no están sufriendo el impacto social de la crisis en forma de altos niveles de desempleo.

En el próximo capítulo intentaremos responder estas preguntas, analizando si la "europeización negativa" de los espacios públicos nacionales, el creciente euroescepticismo ciudadano y la crisis democrática en muchos países de la Unión, han tenido como consecuencia el incremento de la "politización" de las elecciones, con un aumento de la participación -como defendían autores citados anteriormente- o, por el contrario, han provocado el incremento de las fuerzas políticas de carácter populista y eurófobo en un contexto de indiferencia política en relación a los asuntos europeos.

## **6. 4. Las elecciones europeas de 2014 como barómetro del creciente euroescepticismo y la emergencia de una crisis democrática a nivel europeo**

### **1. 4.1 Los partidos políticos europeos y la politización del debate europeo**

Una de las principales novedades de las elecciones europeas de 2014, y que debía articular la politización del sistema político de la UE como respuesta al creciente euroescepticismo, ha sido la presentación de candidatos comunes a la presidencia de la Comisión Europea por parte de los principales partidos políticos europeos. El objetivo de esta decisión política, impulsada por la Comisión y los grupos políticos del Parlamento Europeo, era "politizar" la campaña europea y "europeizar" las campañas electorales a nivel nacional, estableciendo -por primera vez- una relación directa entre el voto del elector y la elección del "gobierno" de Europa, como la que existe en un sistema parlamentario a nivel nacional.

La posibilidad de elegir al jefe del ejecutivo comunitario a través de las elecciones al Parlamento Europeo, permitiendo que los ciudadanos pudieran votar entre programas de gobierno alternativos, podía marcar el inicio de una nueva etapa en que los partidos políticos europeos desarrollaran sus potencialidades de "competencia política", establecieran una lógica de "gobierno-oposición" entre la Comisión Europea y los grupos del Parlamento que no apoyaran al ejecutivo, y ejercieran como "agentes de intermediación" entre los ciudadanos y las instituciones comunitarias.

Antes de las elecciones, los ciudadanos parecían mostrarse receptivos a la iniciativa. Según datos del Eurobarómetro 80, de otoño de 2013 (Eurobarometer, 2013c), el 57% de los europeos se mostraban más dispuestos a votar en las elecciones europeas si así podían decidir quién sería el futuro presidente de la Comisión Europea.

Finalmente, los cinco principales partidos europeos presentaron a su candidato. Los populares eligieron a Jea-Claude Juncker, ex-primer ministro luxemburgués y ex-presidente del Eurogrupo; los socialistas al presidente del Parlamento Martin Schulz; los liberales al presidente de su grupo parlamentario y ex-primer ministro belga, Guy Verhofstadt; los verdes al veterano activista José Bové y a la joven eurodiputada Ska Keller; y el partido de la izquierda europea, al líder de la izquierda eurocrítica griega, Alexis Tsipras.

La campaña y los debates públicos entre los candidatos de los cinco partidos, así como su cobertura en los medios de comunicación nacionales, debían definir el nivel de éxito del proceso de politización de la UE a través de las elecciones al Parlamento Europeo. Y su resultado en relación a las fuerzas políticas euroescépticas y eurófobas que no presentaban candidatos a la presidencia de la Comisión debía servir para definir cuál es la relación de fuerzas entre las fuerzas europeístas y las euroescépticas o eurófobas.

El resultado del proceso de politización resulta ambiguo, en la medida que el debate europeo ha tenido dificultades para hacerse visible en muchas campañas nacionales, los debates entre los candidatos han gozado de una relativamente baja cobertura mediática, y los resultados electorales no han ofrecido la posibilidad de articular claras mayorías de centro-derecha o centro-izquierda.

Si el objetivo de la elección era articular la política europea en relación a un eje derecha-izquierda, la conclusión es que no será posible construir alianzas de base ideológica en la medida que ninguna de las dos posibles alianzas ha conseguido los 351 escaños que darían la mayoría en el Parlamento. La alianza entre los socialistas, los verdes y la izquierda ha

conseguido acercarse a los 300 diputados -pocos más que en la legislatura anterior- y la suma de populares y liberales se situará en torno a los 280 diputados -unos 80 menos que en la anterior legislatura.

Por el contrario, si estas elecciones debían servir para medir si el creciente euroescepticismo de los europeos podía conllevar un vuelco electoral, hay que constatar que los dos principales partidos -PPE y PSE- han obtenido más del 55% por ciento de los votos y mantendrán el control de la cámara. Si a ellos les sumamos los diputados liberales y verdes, claramente comprometidos con el proceso de integración europea, el resultado es que dos tercios de la cámara -500 de los 751 diputados- responden a un mandato electoral claramente europeísta.

Los resultados, por consiguiente, podrían validar la hipótesis que el creciente euroescepticismo de los europeos -analizado en los dos primeros capítulos de este estudio- no conduce inexorablemente a la victoria ideológica de las fuerzas euroescépticas y anti-europeas. Los ciudadanos europeos se sienten decepcionados por las políticas desarrolladas por la Unión Europea durante los siete años de crisis económica y juzgan muy severamente a sus instituciones, pero a su vez siguen pidiendo soluciones.

Existe una amplia crítica a las instituciones europeas por no haber sabido resolver la crisis, pero a su vez hay una "demanda" de soluciones europeas, a la que tienen que responder las principales fuerzas políticas del continente. Si saben dar respuestas convincentes, la Unión Europea aún puede salir reforzada de la actual crisis de confianza.

Retomando los conceptos enunciados en el primer capítulo, podríamos decir que el gran reto de estas elecciones era -y los seguirá siendo en los próximos años- convertir un sistema de "*policies without politics*" en un sistema de "*politics with policies*". Tras el fracaso de la "políticas europeas" decididas por los gobiernos nacionales y la Comisión Europea desde Bruselas, parece haber llegado la hora de la política desarrollada por los partidos políticos desde el Parlamento y la presidencia de la Comisión. En los próximos años podremos constatar si el cambio ha llegado a Bruselas, o se ha perdido una nueva oportunidad.

## **2. 4.2. Participación, euroescepticismo y europeización negativa del voto**

### **7.**

En primer lugar, debemos señalar una constante estructural de la participación en las elecciones europeas, que constata una fractura democrática entre los países de la Unión, en base a la participación electoral entre los países del oeste de Europa, que se incorporaron a la Unión hasta 1995, y los países del este que se incorporaron a partir de 2004.

La participación en la UE-15 se ha mantenido estable, como promedio de las tasas de participación nacionales, en torno al 52% en las tres últimas convocatorias electorales, superando el mínimo histórico del 49% de las elecciones de 1999. Un dato que normalmente no se tiene en consideración cuando se analiza la evolución de la participación en las elecciones europeas.

En cambio, en los países de reciente adhesión la participación no sólo se ha situado claramente por debajo de los países de la UE-15 sino que ha caído sustancialmente durante estos 10 años, desde el 40,4% de 2004 al 32,9% de 2014. En las pasadas elecciones europeas, como se aprecia en la Tabla 2, el diferencial de participación entre los países del este y del oeste de Europa fue de 20 puntos, incrementándose en seis puntos en relación al diferencial registrado en 2009. Por consiguiente, sí que podemos hablar de fractura democrática en la UE, pero no entre los países del norte y del sur, sino entre los países del este y el oeste del continente.

<b>UE - 15</b>	<b>52.46%</b>	<b>UE - 13 post 2004</b>	<b>32.84%</b>
Bélgica	90%	Malta	74.8%
Luxemburgo	90%	Lituania	44.9%
Italia	60%	Chipre	44%
Grecia	58.2%	Estonia	36.4%
Dinamarca	56.4%	Bulgaria	35.5%
Irlanda	51.6%	Rumanía	32%
Suecia	48.8%	Letonia	30%
Alemania	47.9%	Hungría	28.9%
España	45.9%	Croacia	25%
Austria	45.7%	Polonia	22.7%
Francia	43.5%	Eslovenia	21%
Finlandia	40.9%	Rep. Checa	19.5%
Países Bajos	37%	Eslovaquia	13%
Reino Unido	36%		
Portugal	34.5%		

Fuente: Parlamento Europeo

En términos globales, la participación se ha mantenido estable entorno al 43%. En algunos países, como Alemania o Grecia, la participación se ha incrementado sustancialmente -entre 4 y 6 puntos- y en otros, como Francia, Suecia, Finlandia, el Reino Unido y España, lo ha hecho moderadamente -entre 1 y 3 puntos. En cambio en países como Italia e Irlanda la participación ha caído notablemente, entre 5 y 7 puntos. Por consiguiente, no podemos afirmar que estas elecciones hayan tenido un efecto incentivador o desincentivador de la participación en los países más afectados por la crisis económica.

Tampoco podemos afirmar que el intento de politización de las elecciones haya tenido éxito en términos generales. Las elecciones europeas, a pesar del intento de los partidos políticos europeos de ganar el interés del electorado a través de los candidatos comunes a la presidencia de la Comisión, han continuado siendo unas elecciones de segundo orden, con menor participación, y en las que domina un cierto voto de protesta contra el gobierno que hace crecer las opciones minoritarias. Por consiguiente, no podemos validar la hipótesis de Shmidt (2013) enunciada en el capítulo anterior.

Sin embargo, el grado de politización ha sido mayor en países como Alemania -donde los debates entre los dos principales candidatos a la presidencia de la Comisión tuvieron un eco notable en los medios de comunicación- y en Grecia -donde Alexis Tsipras consiguió que su candidatura europea impulsara la participación y la victoria de su partido en las elecciones europeas en el país heleno.

Si analizamos los principales países de la zona euro que hemos analizado en los capítulos anteriores, vemos que no podemos deducir ninguna pauta común de comportamiento electoral en base al impacto de la crisis económica o el crecimiento del euroescepticismo.

La participación ha crecido 4.6 puntos en Alemania, 2.8 puntos en Francia y 1 punto en España, y ha descendido 5 puntos en Italia. Esta evolución no guarda relación ni con el impacto de la crisis económica, mucho mayor en España e Italia que en Alemania y Francia, ni con la evolución del apoyo a la Unión Europea o el nivel de confianza de los ciudadanos en relación a las instituciones comunitarias, que ha caído entre 15 y 40 puntos en los últimos siete años, como hemos analizado en los primeros dos capítulos. Por consiguiente, no podemos validar la hipótesis de Morales (2013) de que la crisis económica combinada con una crisis de empleo provocaría un aumento de la participación.

Sin embargo sí que podría guardar relación con el impacto de la "europeización negativa" del debate público nacional que hemos descrito en el capítulo tercero. En este sentido, podríamos afirmar que la creciente "europeización negativa" del debate político ha impulsado la participación y, de rebote, el éxito de opciones euroescépticas, eurófobas o eurocríticas.

En Italia no se ha producido un incremento de la participación pero su nivel se ha mantenido muy elevado, por encima la cota del 60%, y ha visto crecer con fuerza a un movimiento político claramente euroescéptico, como el *Movimento 5 Stelle*, que ha conseguido un 21% del voto. Si a ellos le sumamos los resultados obtenidos por la Lega Nord (6.2%) y los *Fratelli d'Italia* (3.65%), podemos concluir que un tercio de los electores italianos han optado por opciones euroescépticas o eurófobas, cuando en 2009, sólo el 10% cosechado por la Lega respondía a ese perfil. Así, las fuerzas euroescépticas triplicaron sus votos.

En Alemania, el incremento de la participación ha ido acompañado del crecimiento de opciones euroescépticas como *Alternative für Deutschland*, que ha conseguido el 7% de los votos, además del crecimiento de pequeños partidos de protesta como los "Votantes libres", el "Partido Pirata", o el partido de los "Animalistas", que han conseguido sendos escaños en el Parlamento Europeo, junto al partido de extrema derecha NDP. En conjunto, el "voto protesta" en Alemania se acerca al 15%, triplicando también su resultado de 2009.

En Francia, la "europeización negativa" de las elecciones ha tenido como consecuencia el imponente crecimiento del *Front National*, que ha superado el 25% de los votos y se ha convertido, por primera vez en la historia, en el primer partido de Francia. Si sumamos sus votos a los que ha obtenido la candidatura soberanista y euroescéptica *Début la République* (3.8%), el apoyo de los franceses a candidaturas contrarias al proyecto europeo se acerca al 29%, frente al 9.3% obtenido en 2009. También en Francia se aplica la regla de la *triplificación*: los euroescépticos y eurófobos han triplicado resultados.

Finalmente, parecería que España continúa siendo la excepción. El único país donde no han aparecido partidos euroescépticos y eurófobos, pero donde se ha incrementado casi exponencialmente el voto de protesta. La diferencia en relación al resto de países analizados es que en España el voto de protesta ha sido capitalizado por la izquierda eurocrítica, los nacionalismos independentistas y los nuevos partidos *anti-establishment*. La izquierda eurocrítica ha sumado el 18% de los sufragios, entre La Izquierda y Podemos, más que cuadruplicando los resultados de 2009, cuando La izquierda se quedó en el 3.8%. Si a esos resultados les sumamos el crecimiento de las candidaturas nacionalistas de izquierda, que han pasado del 2.5% del voto al 6%, y el crecimiento de los partidos que han cuestionado el bipartidismo -UPyD, Ciudadanos y VOX- el voto de protesta en España se situaría claramente en el 30% del electorado, como en Francia e Italia.

Mención aparte merece el Reino Unido, donde el crecimiento del UKIP, del 16 al 27% de los votos, ha ido acompañado de la estabilización de la participación entorno al 36% y a la consolidación de una mayoría de ciudadanos británicos contrarios a la pertenencia de su país a la Unión Europea. En este sentido, debemos recordar que durante los últimos siete años más de la mitad de los británicos se han mostrado de forma estable contrarios a la pertenencia de su país a la Unión. Por consiguiente, los históricos resultados del UKIP no están vinculados a la crisis económica sino a la desafección de los británicos con la UE desde hace más de una década.

Este mismo fenómeno se ha producido en los países nórdicos. En Dinamarca, la desafección ciudadana en relación a la UE se ha manifestado electoralmente con la victoria del "Partido del Pueblo Danés", que ha crecido más de 10 puntos hasta conseguir el 26.6% del voto, mientras que en Suecia el partido euroescéptico de los "Demócratas Suecos" ha triplicado resultado acercándose al 10%, y en Finlandia el partido de los "Auténticos finlandeses" ha crecido moderadamente hasta situarse en el 13% de los sufragios.

También en los países de órbita germana, Austria y los Países Bajos, se han producido fenómenos similares, aunque el crecimiento del FPÖ austríaco -19.5% del voto, siete puntos más que en 2009, es mucho más notable que el resultado del PvdV neerlandés, que ha perdido cuatro de los 17 puntos porcentuales obtenidos en las anteriores elecciones.

Si ampliamos el análisis a países europeos gravemente afectados por la crisis económica y que han sufrido la intervención de sus economías durante estos últimos 5 años, como Grecia, Portugal e Irlanda, también observamos un comportamiento electoral desigual, aunque una misma tendencia al voto de protesta impulsado por la "europeización negativa" del debate político.

En Grecia, como en España, el voto protesta ha sido canalizado mayoritariamente por la izquierda eurocrítica -representada por *Syriza*- y el Partido Comunista griego. Juntos han reunido un 33% del voto, veinte puntos más que en 2009. En el otro extremo, la derecha populista y la extrema derecha de "Amanecer Dorado" han sumado el 13% del voto, el doble que en 2009. Sumando los dos extremos del panorama político, el voto protesta en Grecia se ha acercado al 50%.

En Portugal, la izquierda eurocrítica -sumando los comunistas, el *Bloque da Esquerda* y la nueva candidatura *Partido da Terra*- ha conseguido el 25% de los sufragios -sólo 4 puntos más que en 2009- y en Irlanda el Sinn Féinn ha conseguido el 17% del voto, 6 puntos más que en las últimas elecciones europeas.

Retomando las hipótesis planteadas en los capítulos 2 y 3, podríamos concluir que el creciente euroescepticismo, y su traslación electoral en las elecciones europeas, está más relacionado con la crisis democrática europea y las crisis de representatividad a nivel nacional, que con el impacto de la crisis económica, puesto que el crecimiento del euroescepticismo y su impacto electoral ha sido general en la Unión Europea, afectando a países del norte y del sur del continente, del centro y de la periferia del sistema político de la Unión.

### 1. 4.3 El reto de la politización y democratización de la UE

Tras las elecciones europeas de mayo de 2014, las primeras en las que los ciudadanos han votado unos partidos políticos que presentaban candidatos comunes a la presidencia de la Comisión que debían ayudar a politizar y democratizar el ejecutivo comunitario, la Unión Europea sigue teniendo como tarea pendiente el reto de su politización y democratización. Un reto que no es sólo responsabilidad del Parlamento y la Comisión, sino de los partidos políticos y los líderes nacionales.

El creciente euroescepticismo ciudadano, y su traslación electoral, ha puesto en evidencia los límites del sistema de democracia consensual europea que ha funcionado hasta ahora, construida a partir de acuerdos entre los gobiernos de los Estados miembros, aprobados por la "gran coalición" entre populares y socialistas en el Parlamento Europeo y aplicados por un "colegio" de comisarios deudores de los gobiernos nacionales y de la "gran coalición" entre socialistas, liberales y conservadores que les apoya desde el Parlamento.

Esta "democracia consensual" europea, después de verse afectada por las consecuencias de la "democracia plebiscitaria" en la ratificación de la reforma de los Tratados (Aixalà, 2005) ahora se ha visto sorprendida por la eclosión de fuerzas políticas eurófobas, euroescépticas y eurocríticas que son -a la vez- fiel reflejo del amplio euroescepticismo entre los ciudadanos europeos y consecuencia del "déficit democrático" de la UE, que no permite que los ciudadanos puedan decidir directamente sobre un eventual cambio de políticas en las instituciones europeas según sus preferencias políticas e ideológicas. El actual sistema de "*policies without politics*" (Schmidt, 2013) nos ha llevado a una profunda crisis democrática.



El crecimiento del populismo, la extrema derecha, y la fuerzas políticas euroescépticas y eurófobas en las primeras elecciones europeas orientadas a elegir el presidente de la Comisión, puede provocar un seísmo político en el seno de la Unión Europea. Pero hay que tomar en consideración que el crecimiento de estas fuerzas políticas no es homogéneo ni generalizado en el conjunto de la Unión y obedece, en la mayoría de los casos, a un profundo malestar democrático y desafección con la Unión Europea notablemente arraigados en algunos países.

Por ello, los resultados electorales de mayo de 2014 pondrán a prueba la fortaleza del proyecto europeo. Y por ello podríamos afirmar que para reforzar el proyecto y superar el maniqueo debate entre europeístas y anti-europeos que caracteriza el debate europeo en muchos países de la Unión, se debería "politizar" el sistema político de la Unión Europea. Es decir, posibilitar que los ciudadanos europeos puedan elegir a sus gobernantes y culpabilizarlos de la situación política y económica sin culpabilizar por ello el sistema en su conjunto. Una politización basada en la competencia electoral entre diferentes opciones políticas que defiendan un programa electoral con propuestas concretas que permitan discutir sobre la agenda política europea y que los ciudadanos decidan la opción que mejor se ajuste a sus preferencias políticas ideológicas y nacionales. Las elecciones de 2014 han sido sólo un primer ensayo de politización que deberá profundizarse en los próximos años.

Sin embargo, las victorias del Frente Nacional francés y el UKIP británico tienen causas profundas y no responden a un fenómeno únicamente ligado a la actual crisis económica y democrática europea, ni posiblemente puedan resolverse con la politización de las instituciones comunitarias.

Las victorias de ambos partidos ponen de manifiesto un problema de extrema gravedad: desde hace más de 10 años una mayoría de británicos rechaza que su país siga formando parte de la Unión Europea y desde el referéndum sobre la Constitución Europea de 2005 una mayoría de franceses se han manifestado contrarios al rumbo político que ha tomado la UE. Hasta ahora, los líderes políticos franceses han hecho oídos sordos a este clamor, para no paralizar el proceso de construcción europea, pero los líderes británicos ya han puesto fecha al referéndum sobre la permanencia del Reino Unido en la Unión: 2017. De cómo se resuelva esta cuestión, que responde a un problemática de identidad nacional y no de identidad política, dependerá no sólo la transformación de la Unión Europea en un sistema político más democrático, sino su propia continuidad institucional e integridad territorial.

## Conclusiones

Tras analizar la evolución de la opinión europea en los últimos siete años, podríamos afirmar, en primer lugar, que si los debates sobre la ratificación del Tratado de Maastricht a principios de los 90 supusieron el fin del "consenso permisivo" de los ciudadanos europeos en relación a la UE, y el fracaso de la Constitución Europea del año 2005 simbolizó la consolidación del euroescepticismo en los países centrales del continente, la actual crisis económica y democrática puede suponer el fin de una determinada forma de entender la construcción europea, basada en el consenso entre los grandes Estados en el Consejo y la Comisión y entre las dos grandes familias políticas en el Parlamento Europeo.

La gestión de la crisis económica y financiera europea de los últimos siete años ha tenido como consecuencia una notable disminución del "apoyo afectivo" y del "apoyo utilitario" a la Unión entre los ciudadanos europeos. Los europeos hoy, tienen una imagen menos positiva de la Unión que hace 7 años, confían mucho menos en sus instituciones y se preguntan si la pertenencia de su país a la Unión sigue siendo favorable en términos de coste-beneficio. Sin embargo, los europeos -en términos generales- siguen considerando que la pertenencia a la Unión es "buena" para sus países. Pero en algunos Estados miembros, particularmente en el sur, cada vez son más los ciudadanos que consideran que la UE no les beneficia. Y en dos grandes países de la Unión, Francia y el Reino Unido, se han consolidado sendos movimientos políticos que pueden romper la unidad institucional y territorial de la UE.

Esta evolución de la opinión ha ido de la mano de la evolución de la crisis, que no sólo ha provocado un empobrecimiento de algunas sociedades europeas, sino que ha puesto su destino en manos de las autoridades europeas, que han intervenido directamente en las decisiones de política económica nacional a través de las políticas de "rescates financieros", a pesar de no haber estado elegidas para ello. Como consecuencia, el malestar con la Unión Europea ha crecido en el norte y en el sur del continente, en los países del centro y de la periferia del sistema europeo. En el sur porque los ciudadanos han visto recortados sus derechos e intervenida la soberanía nacional. Y en el norte, porque los "rescates financieros" han expandido la opinión que la Unión puede tener más costes que beneficios para las sociedades más ricas.

Por consiguiente, la crisis económica y su gestión por parte de las autoridades europeas, ha provocado -paradójicamente- una europeización de los debates públicos nacionales. Durante los últimos siete años la política europea ha estado más presente que nunca en los periódicos y telediarios nacionales, aunque haya sido desde una perspectiva negativa.

Los europeos han tomado conciencia de la importancia de las políticas europeas en sus vidas, a la vez que se han dado cuenta de la poca capacidad que tenían para influir en ellas. Ello ha incrementado el déficit democrático de la Unión, la percepción de que el gobierno está en manos de tecnócratas que no deben responder a un Parlamento y a los ciudadanos que los han elegido. Pero paradójicamente esta "europeización negativa" de los sistemas políticos nacionales podría ofrecer una vía de salida a la actual crisis política y democrática europea, a través de la "politización" del sistema político europeo.

Las elecciones europeas de mayo de 2014 han sido una primera oportunidad para "democratizar" y "politizar" el sistema político de la Unión Europea, dando voz y voto a sus ciudadanos, a través de un sistema de intermediación basado en los partidos políticos europeos. La elección parlamentaria del Presidente de la Comisión Europea después de una campaña electoral entre los cinco candidatos a presidirla, ha podido generar un embrión de "democracia posnacional", pero dependerá de los líderes políticos europeos y nacionales, que ésta oportunidad se puede aprovechar.

Sin embargo, el crecimiento de los populismos eurófobos en países centrales de la Unión, como Francia y el Reino Unido, puede poner en tela de juicio el proceso de politización y democratización de la Unión, en la medida que cuestionan la continuidad institucional y la integridad territorial de la UE. Los líderes políticos franceses y británicos tienen la responsabilidad de dar una salida a la profunda desafección de sus ciudadanos en relación al proyecto político europeo.

La Unión Europea se encuentra en una encrucijada. Tras las elecciones europeas, el nuevo presidente de la Comisión deberá ser capaz de dar las respuestas y ofrecer las soluciones que los ciudadanos europeos requieren y necesitan, para revertir el creciente euroescepticismo. Pero los jefes de estado y de gobierno reunidos colectivamente en el Consejo Europeo deberán encontrar nuevos compromisos para garantizar la integridad territorial de la Unión o asumir la responsabilidad de una ruptura de consecuencias imposibles de prever.

## Bibliografía

- Aixalà, A. (2005): "La construcció política d'Europa", en *Revista FRC* n.10. Fundació Rafael Campalans, primavera de 2005
- Alonso, S. (2013): "La fractura democrática en la UE: ¿encaminados hacia una tormenta perfecta?" *Agenda Pública*, julio de 2013. [www.eldiario.es/agendapublica](http://www.eldiario.es/agendapublica)
- Batalla, L. (2012): "The Significance of EU Topics in National Media: Has There Been an Europeanization of Reporting in the National Media?", I Premi "Catalunya Europa Segle XXI", Fundació Catalunya Europa.
- Bardi, L et alli. (2010): *How to create a Transnational Party System*. Directorate General for Internal Policies, European Parliament.
- Bardi, L. (2013): "Parties, Party System and Party Government in the European Union" a *Democratic Legitimacy and Political Leadership in the European Union*. Italianieuropei, 2013
- Bertoncini, Y. et Kreilinger, V. (2013): "Quels rapports de force politiques dans le prochain Parlement Européen?", *Policy Paper* n. 102, Notre Europe - Institut Jacques Delors.
- Bolt, S. and Tilly, J. (2013): *Blaming Europe? Responsibility without Accountability in the European Union*. Oxford University Press.
- Chalmers, D. (2013): *Democratic Self-Government in Europe. Domestic Solutions to the EU Legitimacy Crisis*. Policy Network Paper.
- Diez Medrano, J. (2009): "The public spher and the European Union's political identity" a *European Identity*, ed. J.T. Checkel y P.J. Katzenstein, 81-107. Cambridge: Cambridge University Press.
- Dobredu, P. y Palada, M. (2013): "The Emergence of Two European Public Spheres: Center vs. Periphery", National University of Political Studies and Public Administration, Bucharest, Romania.
- Easton, D. (1965): *A Framework for Political Analysis*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Easton, D. (1975): "A Reassessment of the Concept of Political Support", *British Journal of Political Science*, 5(4): 433-57
- European Commission (2007): *Eurobarometer 67. Public opinion in the European Union*. Standard Eurobarometer 67 / Spring 2007.
- European Commission (2008a): *Eurobarometer 68. Public opinion in the European Union*. Standard Eurobarometer 68 / Autumn 2007.
- European Commission (2008b): *Eurobarometer 69. Public opinion in the European Union*. Standard Eurobarometer 69 / Spring 2008
- European Commission (2008c): *Eurobarometer 70. Public opinion in the European Union*. Standard Eurobarometer 70 / Autumn 2008
- European Commission (2009a): *Eurobarometer 71. Public opinion in the European Union*. Standard Eurobarometer 71 / Spring 2009
- European Commission (2009b): *Eurobarometer 72. Public opinion in the European Union*. Standard Eurobarometer 72 / Autumn 2009
- European Commission (2010): *Eurobarometer 73. Public opinion in the European Union*. Standard Eurobarometer 73 / Spring 2010
- European Commission (2011a): *Eurobarometer 74. Public opinion in the European Union*. Standard Eurobarometer 74/ Autumn 2010.
- European Commission (2011b): *Eurobarometer 75. Public opinion in the European Union*. Standard Eurobarometer 75 / Spring 2011
- European Commission (2011c): *Eurobarometer 76. Public opinion in the European Union*. Standard Eurobarometer 76 /Autumn 2011
- European Commission (2012a): *Eurobarometer 77. Public opinion in the European Union*. Standard Eurobarometer 77 / Spring 2012
- European Commission (2012b): *Eurobarometer 78. Public opinion in the European Union*. Standard Eurobarometer 78 / Autumn 2012
- European Commission (2013a): *Eurobarometer 79 Public opinion in the European Union*. Standard Eurobarometer 79/ Spring 2013

- European Commission (2013b): *Les européens, l'Union Européenne et la crise*. Eurobaromètre 79 / Printemps 2013
- European Commission (2013c): *Eurobarometer 80. Public opinion in the European Union*. Standard Eurobarometer 80 / Autumn 2013
- European Commission (2013d): *Eurobarometer Interactive Search System*. <http://ec.europa.eu/publicopinion/cf>
- European Parliament (2013): "One year to go until the 2014 European Elections" *European Parliament Eurobarometer*. Directorate-General for Communication. August 2013
- European Parliament (2014): *European Elections 2014. Key trends in Media Coverage*. The Media Directorate. DG Comm, March 2014
- FEPS (2012): "The Future of European Democracy and role of europarties - Reflection 20 years after Maastricht". Next Left Working Group. Foundation of European Progressive Studies.
- Fernández-Albertos, J. (2012): *Democracia intervenida. Políticas económicas en la gran recesión.*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
- Follesdal, A y Hix, S. (2006): "Why There is a Democratic Deficit in the EU: a Response to Majone and Moravcsik", *Journal of Common Market Studies*, 44 (3): 533-62
- Hix, Simon (2007): "Euroescepticism as Anti-Centralization: A Rational Choice Institutional Perspective", *European Union Politics*, 8 (1): 131-50
- Hix, Simon (2008): *What's Wrong with the European Union and How to Fix It*. Oxford: Polity
- Hix, S. y Hoyland B. (2012): *Sistema político de la Unión Europea*. Ed. McGraw Hill. Madrid, 2012
- Hurrelmann, Achim (2012): "Will the Eurozone Crisis Lead to a Politicization of European Integration?" Paper prepared for the conference "The Euro Crisis and the Future of the EU", Syracuse University, 21-22 September 2012.
- IFOP (2012): *Regards européens sur la crise de la dette en Europe*, Institute Français d'Opinion Publique, juin 2012
- IFOP (2013): *Regards européens sur la crise cinq ans après la faillite de Lehman Brothers*. Institut Français d'Opinion Publique, septembre 2013
- Inglehart, R. (1970): "Cognitive Mobilization and European Identity", *Comparative Politics*, 3(1): 45-70
- Inglehart, R. (1977): "Long Term Trends in Mass Support for European Unification", *Government and Opposition*, 12(2): 150-77
- Kaelble, H. (2002): "The Historical Rise of a European Public Sphere?", *Journal of European Integration History*, Vol. 8, nº 2
- Katz, R. (2008): "Euroescepticism in Parliament: A Comparative Analysis of the European and National Parliaments" a Szczerbiak, A. i Taggart, P. (2008): *Opposing Europe? The Comparative Party Politics of Euroescepticism*. Oxford University Press.
- Landfried, Christine (2012): "Never-Ending Crisis? Germany and the Future of Europe" Paper for the 22nd World Congress of the International Political Science Association in Madrid, July 2012
- Liddle, R., Cramme, O., Thillaye, R. (2012): "Where next for Eurozone governance? The quest for reconciling economic logic and political dilemmas" Policy Network Paper.
- Lindberg, L.N. y Scheingold, S.A. (1970): *Europe's Would-Be Polity: Patterns of Change in the European Community*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Lindseth, Peter L. (2012): "Of the people-democracy, the Eurozone and Lincoln's threshold criterion", *The Berlin Journal*, nº22, Spring 2012
- Lubbers, M., Scheepers, P., Werts, H. (2013): "Rising Euroescepticism is positively linked to increased support for radical right-wing parties". LSE European Blog, July 2013
- Majone, G. (1998): "Europe's 'Democratic Deficit': the Question of Standards", *European Law Journal*, 1998
- Maduro, M.P. (2013): "Europe's True Democratic Deficit Lies in its Member States", *Renaissance for Europe. A democratic Union of Peace, Prosperity and Progress*. Foundation for European Progressives Studies (FEPS)
- Mair, Peter (2006): "Polity-Scepticism, Party Failings, and the Challenge to European Democracy". *Uhlenbeck Lecture 24*. Netherlands Institute for Advanced Study in the

Humanities and Social Sciences, Institute of the Royal Netherlands Academy of Arts and Sciences

Martin, P. (2008): "The mass media as sentinel: Why bad news about issues is good news for participation", *Political Communication*, 25(2), 180-193

Matarazzo, R. (2013): "The EU Democracy and the Challenge of Politicization", *Democratic Legitimacy and Political Leadership in the European Union*. Italiani Europei, FEPS

Meijiers, Maurits (2013): "The Euro-crisis as a catalyst of the Europeanization of public spheres? A cross-temporal study of the Netherlands and Germany", *LSE Europe in Question Discussion Paper Series*, n° 62, June 2013

Morales, L. (2013): "Participation in European Parliament Elections in Times of Crisis" contribution to EUDO Conference, Florence, 28-29 November 2013

Norris, P. (2011): *Democratic Deficit: Critical Citizens Revisited*. New York: Cambridge University Press.

Orriols, Ll. (2013): "El divorcio ideológico de Europa" *Piedras de Papel*, junio de 2013 [www.eldiario.es/piedraspapel](http://www.eldiario.es/piedraspapel)

Peter J., Semetko, H.A. y de Vreese, C.H. (2003): "EU Politics on Television News: A Cross-National Comparative Study" *European Union Politics* Vol. 4 (3) 305-327

Pew Research Center (2012): European Unity on the Rocks. Greeks and Germans at Polar Opposites. Global Attitudes Project, May 2012

Pew Research Center (2013): *The New Sick Man of Europe: the European Union*. Global Attitudes Project, May 2013

Pew Research Center (2014): *A Fragile Rebound for EU image on Eve of European Parliament Elections*. Global Attitudes Project, May 2014

Poguntke, T. (2013): "Electing the President of the European Commission?" *Democratic Legitimacy and Political Leadership in the European Union*. Italiani Europei, FEPS

Risse, T. (2010): *A community of Europeans? Transnational identities and public spheres*. Ithaca: Cornell University Press.

Rodrik, D. (2007): "The inescapable trilemma of the world economy", *Dani Rodrik's weblog*, 27 June 2007

Schlesinger, P.R. (1995): "Europeanisation and the Media: National Identity and the Public Sphere" ARENA Working Paper 95-07. Oslo: The Norwegian Research Council

Schmidt, Vivien A. (2013): "The Democratic Deficit in Europe: Which Way Forward?" *Renaissance for Europe. A democratic Union of Peace, Prosperity and Progress*. Foundation for European Progressives Studies (FEPS)

Schulz, Martin (2013): *Europa: la última oportunidad*. Barcelona: RBA.

Startin, N. i Krouwel, A. (2012): "Euro-scepticism Re-galvanized: The Consequences of the 2005 French and Dutch Rejections of the EU Constitution", *Journal of Common Market Studies*, vol. 51(1), 65-84

Statham, P. i Trenz, H.J. (2013): *The Politicization of Europe*. London: Routledge

Szczerbiak, A. i Taggart, P. (2008): *Opposing Europe? The Comparative Party Politics of Euro-scepticism*. Oxford University Press.